



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Unidad Iztapalapa
División de ciencias sociales y humanidades
Posgrado en humanidades

OBJETIVIDAD, ERROR Y CONTENIDO MENTAL: DAVIDSON, BURGE Y KRIPKE SOBRE EL EXTERNALISMO.

Idónea comunicación de resultados para obtener el grado de Maestro en Humanidades,
Línea académica: Filosofía de las ciencias y del lenguaje.

Presenta:

Oswaldo Rosas Arriaga.
Matrícula: 2143801327.

Director:

Dr. Silvio José Mota Pinto.

Presidente:

Dr. Cuauhtémoc Lara Vargas.

Secretario:

Dr. Silvio José Mota Pinto.

Vocal:

Dr. Marc Jiménez Rolland.

Iztapalapa, Ciudad de México, 14 de octubre de 2022.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	1
INTRODUCCIÓN.	3
i. Dos caras de la misma moneda: el problema del error y la objetividad.	3
CAPÍTULO I El internalismo del contenido.	8
1.1 Consideraciones preliminares.	8
1.2 El naturalismo filosófico.	12
1.2.1 Teorías causalistas del contenido.	14
1.2.2 El problema del error y de la disyunción.	18
1.3 Internalismo.	20
1.3.1 La propuesta de Jerry Fodor. Motivaciones a favor del internalismo.	22
1.3.2 La teoría computacional de la mente y el solipsismo metodológico.	24
1.3.3 El argumento causal	26
1.3.4 Críticas al internalismo de Fodor.	30
1.4 Conclusiones.	33
CAPÍTULO II. Externalismo semántico. Burge y Kripke.....	34
2.1 Argumentos clásicos a favor del externalismo.	34
2.1.1 Putnam y el argumento de la Tierra gemela.	34
2.1.2 Burge y carácter social del contenido.	38
2.2 Dos argumentos no clásicos a favor del externalismo: los argumentos de Burge y Kripke.	41
2.2.1 El externalismo perceptual.	41
2.2.2 La exégesis kripkeana al problema de seguir una regla.	43
2.3 Críticas a las propuestas de Kripke y Burge.	47
2.3.1 La crítica a Kripke.	47
2.3.2 La crítica a Burge.	51
2.4 Conclusiones.	53
CAPÍTULO III. El externalismo interpretativista de Donald Davidson.	55
3.1 Quine	55
3.1.1. Traducción radical.	56
3.2. Donald Davidson.	61
3.2.1 Donald Davidson y su teoría del significado.	61
3.2.2 Comprensión lingüística y significado: la metodología de la interpretación radical...64	64

3.3. Externalismo interpretativista.	68
3.3.1 Davidson y su respuesta a los problemas del error y de la objetividad.	71
3.4 Conclusiones.	75
CONCLUSIONES.....	76
BIBLIOGRAFÍA	78

Agradecimientos

La conclusión de este trabajo de investigación no se habría logrado sin el apoyo invaluable e incondicional tanto de familiares, amistades y docentes. Agradezco en primer lugar a mi asesor, el Dr. Silvio José Mota Pinto, por aceptar ser mi tutor y guiar mi investigación a través de este tiempo. Sus observaciones críticas permitieron que este trabajo tuviera un mejor desarrollo. También deseo agradecer a los integrantes del sínodo, los Dres. Cuauhtémoc Lara Vargas y Marc Jiménez Rolland, por leer en un muy breve tiempo este trabajo y externar comentarios durante el examen profesional que contribuyeron a enriquecer mi apreciación de las diversas posturas filosóficas presentadas en este material. A los tres les agradezco la oportunidad de conversar en un ambiente cordial, aunque no por ello menos riguroso, sobre los resultados de mi investigación.

Agradezco a mis compañeros y amigos de generación: Miguel, Antonio, Édgar, Miguel Agustín, Rodrigo, Marcos, Arturo y Pablo por las pláticas tanto académicas como informales; sus comentarios fueron siempre de utilidad y su trabajo e inteligencia resultó un aliciente para mí. También agradezco a mis colegas de la universidad: Víctor Cantero, José Carlos Díaz, Rocío Hernández, Miguel García, Gerardo Martínez, Rafael Lima, Fernando Salcedo, Silvia, Male, por su amistad y consejo. También me encuentro en deuda académica con los profesores de la línea de filosofía de las ciencias y del lenguaje quienes han sido una fuente de admiración y respeto. También agradezco a los docentes de la línea de filosofía moral y política quienes me dieron un trato cálido, y realmente humano, cuando me desempeñé como ayudante de esa línea.

Tengo una deuda enorme con la universidad ya que no sólo me dio cobijo en mis años de estudiante tanto de licenciatura como de maestría, sino que también me dio la oportunidad de trabajar en ella, desempeñándome como ayudante de la coordinación de la licenciatura en filosofía y de la coordinación de la línea de filosofía moral y política, así como profesor de tronco general. El trato que recibí por parte de trabajadores administrativos, estudiantes, así

como mis jefes, los Dres. Cuauhtémoc Lara, Gustavo Leyva y Jesús Rodríguez, siempre fue espléndido y no tengo más que gratitud hacia mi universidad y sus integrantes.

A pesar de no ser el mejor de los hijos, Carmen siempre me ha mostrado su cariño y amor. Tanto ella como Karla y Vale me han sacado de más de un apuro y son ellas siempre mi refugio cuando las cosas no pintan bien. A ellas tres les dedico este trabajo.

Para finalizar, agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) por el apoyo económico otorgado para la realización mis estudios de posgrado.

INTRODUCCIÓN

Esta investigación tiene como eje central la relación semántica entre el contenido mental y el mundo externo. Más específicamente, se revisarán críticamente algunas teorías sobre la determinación del contenido mental y cómo lidian con el error. Las equivocaciones, tal como las creencias falsas, son recurrentes en la vida cotidiana, y por ello una teoría sobre la determinación del contenido mental debe dar cuenta no sólo qué factores individualizan el pensamiento sino también por qué eventualmente tenemos pensamientos erróneos. No basta la investigación empírica para responder esta interrogante porque el fenómeno del error demanda la inclusión de un aspecto normativo en la relación entre la mente y el mundo. En esta investigación revisaré críticamente la propuesta de Burge, Davidson y Kripke a la luz de este problema. A lo largo de esta investigación formularé el problema del error de dos maneras distintas sin que ello implique que sean problemas independientes. Los llamaré el problema del error y el problema de la objetividad. En los primeros dos capítulos presento ambas formulaciones en el contexto de la disputa entre teorías internalistas y externalistas del contenido mental. En el tercer capítulo expongo la propuesta externalista de la determinación del contenido mental de Donald Davidson y su solución al problema. Esta investigación será principalmente expositiva sin que ello, a mi parecer, le reste valor académico. La obra de Donald Davidson es considerada ampliamente en el círculo de la filosofía anglosajona como poco diáfana. El valor de esta tesis residirá en presentar las motivaciones y presupuestos de la versión de externalismo defendida por el autor en cuestión.

Dos caras de la misma moneda: el problemas del error y de la objetividad

Los problemas de la objetividad y el error no son problemas que surjan de manera aguda en la vida cotidiana. Las personas aceptan sin menor aspaviento que han tenido, tienen y tendrán creencias falsas. Se asume que hay una diferencia entre el tener la actitud de que un contenido mental sea verdadero y que de hecho sea verdadero. Se acepta que la falsedad se debe, en un amplio número de casos, a un desencuentro entre lo que pensamos y cómo es el mundo. Estas suposiciones son tan fundamentales que no buscamos, usualmente, una respuesta general de

por qué el pensamiento es falible, ni el sustento de nuestra concepción pre-teórica de la existencia de un mundo objetivo. Empero, en el seno de la especulación filosófica estos problemas emergen con nitidez bajo ciertos supuestos y disputas.

Deseo aclarar que el error en este trabajo es afín a los conceptos de falsedad, representación errónea o aplicación equivocada de un término; es decir, el error consiste en obstaculizar la obtención de un logro epistémico como lo es la verdad. El error en este trabajo se sitúa en la frontera entre la semántica y la epistemología. No interesan para los fines de esta investigación los errores de procedimiento o prácticos (tales como no agregar la medida exacta de una sustancia química en un matraz, o no administrar bien el tiempo para la ejecución de un plan con lo que se compromete su éxito). Como segunda aclaración, la objetividad en esta investigación tiene un carácter principalmente metafísico. Se entenderá en este trabajo a la objetividad como un rasgo de nuestras representaciones sobre el mundo de tal modo que hay una independencia del mundo con respecto a las mentes, particulares o como conjunto de mentes individuales. Esta noción de objetividad es cercana, aunque no idéntica, al realismo ingenuo: la idea de un mundo constituido de objetos físicos que pueden persistir siendo de la manera en que son incluso si no hay quien los perciba.

Las presuposiciones del error y la objetividad son fundamentales en el pensamiento. La filosofía, como en tantos otros casos, entra en escena cuestionando nuestras suposiciones. ¿Podemos dar una teoría general que explique por qué surge el error? ¿Es resistente a un escrutinio crítico nuestra concepción cotidiana de objetividad? Estas son preguntas relevantes y merecen dedicación. Responder a estas preguntas contribuirán a una mejor comprensión de la mente y arrojarán luz sobre conceptos duales importantes como subjetividad/objetividad, creencia/conocimiento. No obstante, hay enfoques metodológicos en la filosofía que a mi parecer vuelven más acuciantes las interrogantes sobre el error y la objetividad.

La época Moderna trajo consigo un viraje en filosofía consistente en otorgar a la epistemología un lugar prominente entre las ramas de la filosofía, estableció un objetivo fundacionista en la disciplina e hizo uso de una metodología conocida como el enfoque de *primera persona*. La perspectiva de primera persona en la filosofía Moderna consiste en inspeccionar la propia mente para conocer cuáles son los fundamentos de nuestro

conocimiento. Propulsores y defensores de esta empresa son Descartes, Locke, Hume, por mencionar a los más emblemáticos. El respaldo a esta decisión metodológica parte de un presunto acceso privilegiado a los propios estados mentales. El acceso privilegiado, afirma el defensor de esta postura, brinda una seguridad epistémica mucho mayor si se le compara con el acceso epistémico al mundo externo o a otras mentes.

A pesar de que la filosofía Moderna osciló en sus inicios entre el programa empirista y el racionalista, hay una base común en ambos proyectos al considerar que en el binomio subjetivo/objetivo la subjetividad tiene una posición prioritaria con respecto a la objetividad. Para conocer al mundo externo primero se requiere conocer la propia mente y sus estados mentales. Empero, la transición no es inmediata y a la postre se mostró sumamente problemática. En la búsqueda de certeza el filósofo de la Modernidad quedó encerrado en su propia esfera subjetiva, sin poder trascenderla satisfactoriamente y tener contacto con el mundo externo. La duda escéptica sobre el mundo externo inmediatamente tomó un lugar primigenio en la discusión filosófica. Aunado a este problema epistemológico, surge un cuestionamiento a nuestra presuposición cotidiana de la objetividad: ¿cómo puede tener sentido hablar de objetividad si el acceso a los hechos externos, a lo objetivo, ha sido obstaculizado? El sujeto ha quedado encerrado en el ámbito de su propia experiencia sin garantía de un correlato externo a ella que le brinde objetividad. Así pues, la filosofía Moderna tuvo como una consecuencia indeseada el socavar nuestra concepción pre-teórica sobre un mundo objetivo.

Con el viraje lingüístico que dio la filosofía a finales del siglo XIX e inicios del XX, más el auge del conductismo en psicología, surgió la oportunidad de abandonar el vocabulario mentalista y tomar como objeto de estudio al lenguaje y la conducta. La ventaja teórica es patente: se deja de estudiar a la mente entendida como un objeto privado en el marco del vocabulario mentalista y se desplaza la atención a la conducta y al lenguaje, manifestaciones públicas que están abiertas a la investigación científica. Un caso prominente en este viraje fue Quine quien manifestó abiertamente su desdén por la teorización mentalista a lo largo de su carrera. La epistemología no requiere de entidades intermediarias entre lo mental y el mundo para garantizar nuestro conocimiento. Las entidades del discurso mentalista son

explicativamente pobres y tienen sentido bajo un proyecto fundacionista. Varios fracasos en este proyecto deberíamos tomarlos como síntomas de un mal diagnóstico con objetivos inalcanzables. Cambiemos el diagnóstico y abandonemos los escrúpulos filosóficos que impiden que la ciencia sea partícipe en la comprensión de nuestro conocimiento, que nos ayude a explicar la relación *entre la magra entrada* (de información sensorial) y *la torrencial salida* (información conceptualizada). (Quine, 2002: 109)

Este cambio metodológico plantea la relación entre la mente y el mundo no como un misterio a resolver sino como el punto de partida de la investigación. La evidencia ahora tendrá un carácter público, abierto a la investigación científica, y no demanda que el sujeto cognoscente sea consciente de la evidencia para que la justificación sea apropiada. La investigación epistemológica no será mediante la introspección sino a través del estudio de las estimulaciones nerviosas y la conducta subsecuente. El enfoque metodológico ahora será de *tercera persona* inscrito en una vertiente filosófica conocida como naturalismo.

El filósofo naturalista se enfrenta a una dificultad crucial: ¿cómo puede esta novedosa postura filosófica hacerse cargo de la agenda normativa que juega un papel esencial en la filosofía tradicional? La filosofía tradicional parte de una distinción metodológica con respecto a la ciencia. La ciencia se encarga, primordialmente, de describir *cómo es* el mundo, la filosofía se encarga, primordialmente, de decirnos *cómo debe ser*. Conceptos tales como racionalidad, justicia, justificación, corrección e incorrección (con aplicaciones en ámbitos diversos), son fundamentales en el análisis conceptual de corte filosófico. La investigación científica no brinda criterios ni tiene métodos que definan estos conceptos por estar fuera de sus objetivos. Así, el naturalismo debe otorgar respuestas a las interrogantes que levantan nuestros conceptos normativos.

La filosofía naturalista ha dado al concepto de causalidad un lugar prominente en su quehacer. Menciono como ejemplos de ello la teoría causal del conocimiento de Alvin Goldman (1967), la sugerencia de una respuesta causalista por parte de Kripke para explicar el nexo entre un término referencial y su portador ((1981), las teorías causales de la percepción de Grice (1977) y, principalmente por el tema de esta investigación, las teorías causalistas en la determinación del significado y del contenido mental proposicional como lo

son el externalismo semántico de Putnam (1975) o el internalismo de Jerry Fodor. Todas estas teorías comparten un problema: hay una diferencia crucial entre las relaciones causales y la intencionalidad. Las relaciones causales demandan la existencia de *relata* espacio temporales mientras que la intencionalidad no: hay nombres vacíos, presumiblemente tenemos conocimientos que involucran entidades abstractas como lo son los conjuntos o entidades matemáticas, percibimos ilusiones, tenemos contenidos mentales acerca de nada o erróneos. ¿Cómo explicar estos fenómenos a la luz de los compromisos teóricos del naturalismo?

Me parece que las dificultades acerca de la objetividad y el error están ligados al surgimiento conceptual de la dupla objetivo/subjetivo y enfoques que toman como prioritarios alguno de estos enfoques. Una solución a ambos problemas, sostengo, requiere de abandonar la prioridad, ya sea de la subjetividad u objetividad, sobre su contraparte. Creo que una visión no prioritaria sino holística, tal como la que defendiera Donald Davidson, nos permite enfrentar mejor a los retos del error y la objetividad, además de abrir una vía sugerente y poco explorada sobre la naturaleza de la mente humana.

Capítulo 1

EL INTERNALISMO DEL CONTENIDO MENTAL

En este capítulo abordaré la posición opuesta al externalismo. Iniciaré el capítulo, a manera de preámbulo, haciendo un breve recuento de distinciones conceptuales que serán cruciales a lo largo de esta investigación. Posteriormente, trataré el tema del naturalismo filosófico a fin de ubicar un planteamiento internalista, el de Jerry Fodor (1975, 1980, 1984, 1987, 1992), en un contexto de discusión más amplio. De la amplia gama de teorías naturalistas del contenido dedicaré las próximas páginas a un enfoque causalista. Haré una caracterización de esa teoría y mencionaré las mayores objeciones a las que se enfrenta: el problema del error y el problema de la disyunción. Esta visión panorámica pretende hacer más comprensible la teoría de Fodor así como su valor teórico. La primera sección servirá de introducción a la exposición de la teoría fodoriana, una teoría causalista que parte de un modelo teórico, el modelo computacional de la mente, que conforma una teoría internalista. Presentaré una exposición de diversos aspectos del proyecto fodoriano: el solipsismo metodológico, la teoría computacional de la mente y la postulación de contenido estrecho. Cerraré el capítulo planteando una serie de objeciones.

1.1 Consideraciones preliminares.

Los estados mentales que serán objeto de estudio en esta investigación son los que en la tradición anglosajona se denominan como *actitudes proposicionales*¹, por ejemplo “Juan cree que mañana es su examen”. Las actitudes proposicionales se analizan, generalmente, de

¹ Estos estados mentales se distinguen de aquellos donde la experiencia de *cómo se siente estar en ese estado mental* es la marca distintiva. Ejemplos de los estados mentales de *conciencia fenoménica* son las sensaciones de náuseas, mareos, cosquillas, dolores. Este tipo de estados no serán tratados en esta investigación.

manera tripartita: el sujeto que tiene el estado mental, una cierta actitud psicológica expresada a través de un verbo mental tal como creer, desear, preferir, dudar, etc. y finalmente la oración subordinada que expresa el contenido sobre el que se tiene la actitud psicológica. Quine (1956) encontró una ambigüedad al analizar las actitudes proposicionales que dio pie a una distinción en la lectura de dichas oraciones. Tómese la siguiente oración:

(1) Ernesto cree que alguien tiene cáncer.

La oración (1) puede ser analizada cuasi-lógicamente de dos formas distintas:

(2) $(\exists x)$ (Ernesto cree que x tiene cáncer).

(3) Ernesto cree que $[(\exists x) (x \text{ tiene cáncer})]$.

La diferencia entre (2) y (3) radica en que (2) atribuye a Ernesto un conocimiento más informativo que (3). Lo que quiere decir (2) es que (por mor de la fluidez supóngase que la expresión “alguien” sólo atañe a una persona) hay *un individuo en específico* de quien Ernesto cree que padece cáncer. (3) por su parte sólo expresa que Ernesto cree que el conjunto de los individuos con cáncer no es vacío, pero sin saber quién es específicamente portador de la enfermedad. Esta ambigüedad fue notada también por Russell (1905).

Tanto Quine como Russell explicaron la ambigüedad haciendo un análisis lógico de las oraciones. El análisis muestra que hay una diferencia de alcance de los operadores y por ello dichas oraciones tienen diferentes condiciones de verdad en virtud de cuál lectura se aplique (las condiciones de verdad son la manera en cómo debe ser el mundo para hacer que una oración sea verdadera). En (2) el cuantificador existencial tiene mayor alcance que el operador de creencia, por tanto para que sea verdadera esa oración debe existir un individuo en específico de quien Ernesto crea que padece cáncer. (3) por su parte tiene al operador de creencia con mayor alcance, por tanto es suficiente con que Ernesto tenga el estado mental para que sea verdadera esa atribución de creencia, (incluso sin que exista alguien que padezca la enfermedad). Esta ambigüedad es rescatada por la distinción de Dicto/de Re.

La distinción de Dicto/de Re tiene tres niveles de caracterización: uno sintáctico, otro semántico y otro metafísico (Sigo la caracterización de estos niveles propuesta por McKey, T. & Nelson, M: 2014) En el nivel sintáctico la distinción se manifiesta en el análisis lógico

del alcance de los operadores: la lectura de Re es aquella donde el operador de creencia tiene el alcance más limitado, por su parte la lectura de Dicto presenta al operador de creencia con mayor alcance. En el nivel semántico la distinción se establece a partir del cumplimiento del principio de sustitución de términos co-referenciales *salva veritate*: dos expresiones co-referenciales son intercambiables sin cambiar el valor de verdad en las oraciones que ocurren. Por ejemplo: dado que Pelé es Edson Arantes do Nascimento y que la oración “Edson Arantes do Nascimento fue futbolista” es verdadera, también debe ser verdadera la oración “Pelé fue futbolista”. Las situaciones donde este principio se cumple se les denominan contextos extensionales. Sin embargo en contextos no-extensionales, o también llamados intensionales, dicho principio no siempre se cumple. Por ejemplo, supóngase que Pablo no sabe que Pelé es Edson Arantes do Nascimento; aunque sea cierto que él cree que Pelé fue futbolista, no se sigue que él crea que Edson Arantes do Nascimento fue futbolista. La lectura de Re vuelve extensionales a las actitudes proposicionales mientras que la de Dicto las hace intensionales. En el nivel metafísico la clave para la distinción es qué papel juegan los objetos dentro del contenido proposicional para determinar el valor de verdad de la actitud proposicional. Por ejemplo:

(4) Raúl cree que Zeus es inmortal.

Bajo una lectura de Re hay una relación ternaria: Raúl, Zeus y la propiedad de ser inmortal. El estado mental de Raúl es una relación psicológica que tiene hacia Zeus de quien piensa que ejemplifica una propiedad. El cumplimiento de las condiciones que hacen posible esta relación tripartita permite satisfacer las condiciones de verdad de (4). Dado que Zeus no existe, (4) no es verdadero. Bajo una lectura de dicto la relación es binaria: Raúl y el contenido de su creencia. Las condiciones de verdad son que Raúl tenga un cierto tipo de estado psicológico, el de creencia, hacia un contenido en particular, *Zeus es inmortal*, sin que la existencia de Zeus juegue un papel en la determinación del valor de verdad.

Estas ambigüedades con respecto a las distintas lecturas se suman a otros rasgos característicos de las actitudes proposicionales. Moya (2006) distingue tres rasgos distintivos que han sido objeto de escrutinio filosófico. Estos rasgos son de orden semántico, epistemológico y explicativo-causal. El rasgo semántico atañe al carácter intencional de las

actitudes proposicionales. El contenido de una actitud proposicional comparte con el lenguaje la propiedad de *ser acerca de algo*. La creencia de que Iztapalapa es un lugar peligroso es acerca de algo, de una localidad donde la ley no impera. El contenido tiene condiciones de verdad que se satisfacen si el lugar al que se refiere es peligroso. Esas condiciones involucran a un lugar al que se hace referencia por el nombre de “Iztapalapa” y si ese lugar satisface el predicado “ser peligroso”. Propiedades tales como verdad, referencia, condiciones de verdad, denotación, son propiedades semánticas porque vinculan al lenguaje y al contenido con el mundo.

El rasgo epistemológico consiste en una diferencia del grado de seguridad epistémica de los estados mentales propios con respecto a los estados mentales de otros individuos o el mundo externo. Forma parte de las presuposiciones cotidianas que uno sabe mejor que nadie qué es lo que piensa o siente. Este rasgo ha sido enfatizado por algunos autores, como Descartes, apelando a que los individuos tienen un acceso privilegiado a sus estados mentales o que hay una presuposición que gobierna las prácticas lingüísticas o interpretativas denominada autoridad de la primera persona, o simplemente mencionando que el conocimiento de la propia mente es un caso de conocimiento *a priori*. La seguridad epistémica atribuida al conocimiento de la propia mente alentó proyectos fundacionistas en epistemología y su influencia fue crucial durante gran parte de la época moderna.

El aspecto explicativo-causal estriba en la explicación de las causas de la acción. La acción es un tipo de conducta la cual tiene un agregado importante: estar guiada por intenciones. Un estornudo es un tipo de conducta, pero a diferencia de saludar a alguien, no es, usualmente, provocado por algún estado mental (un caso claro es el de una persona alérgica al polen mientras está en un campo de flores). Sin embargo, en la acción es común suponer que lo que alguien cree y lo que desea tiene una importancia causal. Por ejemplo, si una persona desea un helado y cree que yendo a la nevería puede satisfacer ese deseo, entonces esa persona caminará hacia la nevería. La conducta de caminar hacia cierto lugar fue causada por lo que deseó y creyó. Al hacer este ejercicio también se explica por qué el sujeto en cuestión empezó a caminar en cierta dirección. La acción se vuelve inteligible para el espectador.

Con estas tres nociones a la mano: el análisis tripartita de las actitudes proposicionales, la distinción de dicto/de re y los tres rasgos de las actitudes proposicionales, procederé a tratar el tema del naturalismo y el internalismo de Fodor.

1.2 El naturalismo filosófico

En este capítulo expondré una teoría internalista del contenido mental que forma parte de un proyecto general en filosofía como lo es el naturalismo. El naturalismo filosófico tiene muchas facetas, por lo que acotaré mi interés exclusivamente a la vertiente que intenta ofrecer una explicación de la mente en general, y de las propiedades intencionales en particular, dentro de los alcances del vocabulario, descripciones y explicaciones propias de las ciencias naturales.

Tres tesis naturalistas en el campo de la filosofía de la mente se encuentran en el eje de la discusión contemporánea, ya sea como un supuesto o una tesis a defender: una de corte ontológico, otra de corte teórico/semántico y una metodológica. La tesis ontológica es la adopción de alguna forma de materialismo en términos de una relación de identidad tipo o caso, sobreviniencia, realización múltiple, etc. sosteniendo que la mente se identifica con, o depende de, una base material. La tesis teórico/semántica puede consistir o bien en una forma de reduccionismo o en el eliminativismo. El reduccionista intenta expresar el vocabulario y las explicaciones de la psicología en términos de la ciencia natural². La meta es decir y explicar lo mismo, o lo más relevante, que dice una teoría psicológica mentalista en términos y leyes de una ciencia más “básica” como lo puede ser la neurociencia o la psicología conductista. Versiones más radicales de naturalismo optan por el eliminativismo: la teoría psicológica mentalista no tiene ningún valor explicativo, el desarrollo científico mostrará esa ineficiencia y conducirá a su eventual eliminación del cuerpo global de teorías científicas. La

² Esta reducción al campo de las ciencias naturales se puede entender en dos modos: o bien, se parte de un orden jerárquico entre teorías con base en los distintos grados de complejidad de organización de la materia o una concepción pluralista de la ciencia donde no hay tal orden jerárquico. La primera concepción apunta hacia una forma de fisicalismo y la segunda hacia una tesis de la unidad de la ciencia. La posición fisicalista defiende una reducción de las diversas ciencias que finaliza con el vocabulario y leyes de la física. La segunda posición plantea que basta con reducir las ciencias especiales a otras del catálogo de las ciencias naturales, sin que haya necesidad de que la reducción finalice en la física. (Para una exposición de una versión robusta de naturalismo llamado *naturalismo científico*, una forma de científicismo, véase la introducción de De Caro, 2004)

conjunción de las tesis naturalistas de corte ontológico y semántico/explicativo da pie al siguiente razonamiento general: la mente es un integrante más del mundo natural, así que debe de ser posible explicar sus características como manifestaciones de propiedades escrutables por la ciencia natural.

La conclusión anterior se complementa con la tesis metodológica del naturalismo que sostiene que la ciencia y la filosofía son continuas. Esta tesis de continuidad se contrapone a una visión tradicional de la filosofía que la sitúa como una ciencia primera cuyos resultados son de carácter fundacional con respecto a las ciencias empíricas: la filosofía es distinta de la ciencia de manera radical debido a sus métodos, objetos de estudio y alcances de las verdades filosóficas; las verdades de la filosofía son necesarias a diferencia de las verdades científicas que son contingentes; la investigación científica brinda conocimiento *a posteriori* mientras que la filosofía obtiene conocimientos *a priori*. El naturalista niega este estatus fundacional y que haya una distinción tajante entre ambas empresas. Tanto el científico como el filósofo tienen un objetivo común consistente en ofrecer una explicación del mundo que les rodea. La diferencia entre ambas empresas es de enfoque y de grado. Las ciencias empíricas tienden a la especialización y por ende a una atomización de sus objetos de estudio. La filosofía mientras tanto ofrece una visión panorámica, una visión general que unifica los resultados específicos de las ciencias y sus ramificaciones e intersecciones.

El naturalismo metodológico alienta que la filosofía se apoye en evidencia empírica y una disposición a la revisión de las teorías filosóficas en virtud de los resultados científicos. La ciencia se torna una guía, un punto de control y confirmación para la especulación filosófica. Esta confianza en la ciencia se deriva al progreso impresionante desplegado en los últimos 500 años. La tradición científica surgida por autores como Galileo y Newton ha mostrado ser efectiva para la explicación, descripción, predicción y control del mundo natural. Otra razón otorgada para este abandono de la distinción tajante entre ciencia y filosofía fue el ataque a la distinción analítico/sintético y la inviabilidad del reduccionismo tal como lo defendió Quine en el célebre artículo “Dos dogmas del empirismo” (1951). Para el caso que nos ocupa, el naturalismo metodológico indica que el estudio de la mente no sólo debe partir de bases conceptuales sino también empíricas, además, debemos estar dispuestos a abandonar posturas filosóficas si estas se oponen a resultados establecidos por la ciencia.

Para el naturalista el tema de la intencionalidad resulta por demás intrigante. Como Papineau (2006) hace notar, la intencionalidad del lenguaje y el pensamiento parecen fenómenos radicalmente distintos a los vistos en el reino natural: ¿cómo es posible que unas manchas de tinta o un pensamiento son acerca de algo, algo que puede estar alejado tanto espacial como temporalmente? Piénsese en la siguiente oración: “China en el año 2050 enfrentará un colapso financiero”. ¿Cómo es que esa sucesión de manchas pueden ser sobre un lugar distante al que jamás he ido y que además versa sobre algo que todavía no sucede? Además, dicha oración tiene propiedades semánticas tales como la de ser verdadera o falsa, propiedades que no se aplican a otras entidades del mundo natural. El reto del naturalista es explicar cómo la intencionalidad encaja en la concepción del mundo que brinda la ciencia.

Dentro de la vertiente naturalista han surgido diversas propuestas de explicar la naturaleza de la intencionalidad así como la determinación del contenido. Algunas de las propuestas son las teorías causales, la semántica del rol inferencial, la semántica del éxito y la teleosemántica por mencionar algunas. No forma parte de esta investigación hacer una revisión de todas las teorías naturalistas así que sólo me abocaré a las teorías causalistas, y más en específico a la de Jerry Fodor.

1.2.1 Teorías causalistas del contenido.

Las teorías causalistas surgen como una alternativa al modelo pictórico de la representación en donde se pretendió iluminar el concepto de representación en términos de similitud entre la representación y el objeto representado. En la filosofía contemporánea se pueden encontrar a dos autores que han defendido abiertamente un enfoque causalista: Jerry Fodor y Fred Dretske.³ Las teorías causalistas son teorías naturalistas al introducir en el reino de la causalidad, reino abierto a la investigación empírica, la determinación del contenido mental. El causalista hace una afirmación sustancial: el contenido mental no sólo está ligado causalmente sino también *semánticamente* con su causa. Supóngase que hay un caballo negro en el entorno, un sujeto lo percibe y el sujeto genera la creencia de que Hay un caballo negro enfrente. La presencia del animal se liga causalmente a través de la percepción y por ello es

³ A juicio de Cummins (1989) Locke fue pionero en este planteamiento.

causalmente responsable de la ejemplificación de un estado mental. El causalista también afirma que el contenido específico de la creencia depende para ser el contenido que es de lo que causó esa creencia –en este caso la presencia de un caballo negro.

Un respaldo a la teoría causalista la ofrecen casos de procesos naturales donde hay un nexo causal entre ciertos efectos visibles y sus causas. Los efectos sirven de “indicadores” de la causa. Paul Grice (1957) introdujo la noción de *significado natural*, noción que destaca la presunta existencia de un mecanismo de representación natural. Piénsese en casos tales como los síntomas de una enfermedad (por ejemplo las manchas rojas que tienen aquellos infectados por sarampión), la presencia de humo cuando hay fuego o los anillos en los árboles que indican su edad. Entre la manifestación de los “indicadores” (las manchas rojizas, el humo, o el número de anillos) y su causa hay una covariación regular. Esta conexión natural entre lo que he llamado indicadores y sus causas pueden ser vistos como manifestaciones elementales de un mecanismo representacional (el humo significa que hay fuego, las manchas rojizas que el paciente tiene sarampión o el número de anillos significa que el árbol tiene cierta edad), fenómeno que alcanza un nivel de sofisticación importante con el lenguaje y la mente humana.

Una preocupación inicial con el modelo causalista es que tiene que distinguir cuáles procesos causales dan pie a contenido representacional y cuáles no. Para hacer comprensible la preocupación supóngase que un vidrio está roto porque ha sido golpeado por un balón. La causa del rompimiento es el impacto del balón, no obstante, el vidrio roto no representa el impacto. Por tanto, no toda conexión causal da pie a un contenido representacional. Si esto es así, ¿cómo distinguir los procesos causales que dan pie a representaciones y cuáles no? Una solución será decir que las conexiones causales determinantes para la representación son aquellas donde la representación “tiene el tipo correcto de función cognitiva” (Cummins 1989: 36). Para que una conexión causal dé pie a representaciones debe estar vinculada con un sistema cognitivo, sistema que puede ser descrito funcionalmente en términos de un dispositivo computacional.

En este trabajo se entiende por dispositivo computacional un mecanismo que a partir de datos de entrada (*inputs*) y una serie de reglas, hace cálculos y ofrece datos de salida (*outputs*). El

sistema cognitivo bajo este modelo computacional tiene un punto de acceso para datos de entrada. Los datos de entrada son clasificados en el sistema a partir de categorías o conceptos. Las categorías surgen a partir de encontrar ciertos patrones, rasgos que se presentan de manera regular y reiterada, en los datos de entrada. La representación de un caso particular, depende tanto de la información de entrada vía percepción y la labor clasificatoria de los conceptos al interior del sistema cognitivo. Como datos de salida, el dispositivo arroja una tarjeta, tarjeta que sería algo análogo a la emisión de una palabra.

Con la incorporación de la noción de sistema cognitivo presento una primera aproximación a la tesis causalista (TC) en términos del siguiente bicondicional:

(TC): Un sujeto *S* posee una representación particular *P* si y sólo si *S* es confrontado con un objeto *P*.⁴

El bicondicional plantea una covariación entre la ejemplificación de un objeto y la posesión de una representación de dicho objeto. Esta covariación es apoyada por una conexión causal. Cummins al plantear esta tesis piensa que sigue en gran medida las ideas principales de Locke sobre la representación mental (si bien es cierto que Locke no pensaba en dispositivos computacionales). Esta versión inicial de la tesis causalista es poco cuidada y se enfrenta rápidamente a problemas.

(TC 1) Si un sujeto *S* posee una representación particular *P*, entonces *S* estuvo confrontado con un objeto *P*.

(TC 2) Si un sujeto *S* es confrontado con un objeto *P*, entonces *S* posee una representación particular *P*.

Una primera dificultad surge con la tesis principal TC es que da por sentado el asunto de la individuación de la causa. Ser naturalista involucra definir la representación mental en términos del vocabulario de las ciencias naturales dejando atrás la terminología intencional. Identificamos normalmente la causa de nuestra percepción a partir de nuestro esquema

⁴ La formulación de este principio está inspirada en la formulación de Cummins (1989: 38) aunque guarda algunas diferencias.

conceptual de uso ordinario, nuestra “física” popular, empapado de vocabulario mentalista. El causalista no debe asumir este vocabulario de manera implícita o explícitamente bajo pena de usar en la definición el término a definir. Otras dificultades son las siguientes.

- i) El primer problema serio con **TC 1** reside en dar un estatus de condición suficiente a la ejemplificación de un estado mental con cierto contenido para que el estado de cosas representado sea el caso. Si esto fuera así, entonces todas las creencias serían verdaderas. Algo absurdo.
- ii) Otra dificultad reside en que podemos pensar en objetos inexistentes tal como Pegaso, ser víctimas de alucinaciones que nos hacen percibir objetos que no existen o pensar sobre hechos que aún no pasan o que nunca pasarán; según **TC 1** es condición necesaria la presencia de la causa de la representación para que ésta surja; por ende, si tengo una representación de Pegaso, entonces debo haber sido confrontado con esta entidad.
- iii) Hay ocasiones en las que las personas confunden objetos. Por ejemplo, al ver a un perro de raza pequeña en la oscuridad lo confunden y piensan que es un gato. Ahora imaginemos a una persona que de manera reiterada confunde perros de raza pequeña en la oscuridad con gatos. En esta situación nos encontramos con un individuo que representa equivocadamente a los gatos. Sin embargo, de acuerdo con **TC 2** al ser confrontado un sujeto S con un objeto P, S tiene una representación mental de P y de ninguno otro. En el modelo causalista que he presentado hay una relación legaliforme. La única manera de amoldar estos casos a la teoría es planteando que el concepto GATO de S representa a gatos así como perros de raza pequeña en la oscuridad.

Los apartados i), ii) y iii) expresan las objeciones más acuciantes a las que se enfrenta la teoría causal. Estas objeciones son el problema del error, el problema de los nombres vacíos y el problema de la disyunción. El desarrollo y éxito de la aproximación causalista depende de ofrecer una respuesta satisfactoria a ellas. Pasaré a exponer con detalle estos problemas en la siguiente sección.

1.2.2 El problema del error y de la disyunción

El error es una inquietante anomalía en el modelo causalista. La pretensión del causalista es establecer enunciados legaliformes que vinculen representaciones y sus causas. Los ejemplos griceanos de representación natural casan perfectamente con este esquema al haber una correlación fuerte entre hechos e indicadores que son propensos a ser descritos en enunciados generales. No obstante, es claro que nuestros pensamientos y lenguaje no están ligados necesariamente con una causa del mundo físico. Tienen pleno sentido el nombre propio “Poseidón”, el término general “titanes” así como el enunciado “Poseidón combatió contra los titanes” a pesar de no haber un correlato en el mundo que haga verdadero al enunciado ni existieron esos seres mitológicos. Esta característica fue enfatizada por Franz Brentano quien atribuyó como característica distintiva de la mente el ser intencional. La intencionalidad de Brentano además de establecer una direccionalidad de la mente, plantea que es una relación que no demanda la existencia de un objeto fuera de la mente que determine el contenido.

En el inciso iii) de la sección anterior, mencioné un caso en donde existen condiciones externas al dispositivo cognitivo, sistemáticamente adversas, que tienen como resultado errores sistemáticos. En situaciones normales es fácil distinguir a un gallo de una gallina. Sin embargo hay condiciones adversas donde es difícil notar las diferencias, por ejemplo, en una noche oscura. Imaginemos a una persona que de manera sistemática confunde a los gallos con las gallinas en la oscuridad y esta persona no interactúa con estos animales cuando hay luz así que asocia a ejemplares de ambos seres el término “gallo”. Se sigue a partir del modelo causalista que para esta persona la palabra “gallo” expresa un concepto disyuntivo: GALLO-O-GALLINA-EN-LA-OSCURIDAD. Esto es así porque el causalista establece una relación legaliforme entre objetos que covarían sistemáticamente. Normalmente atribuiríamos un error sistemático a éste individuo hipotético, el causalista por su parte se ve comprometido a decir que no hay error, sino que ese individuo cuenta con otro concepto. Si generalizamos este caso, las representaciones equivocadas sistemáticas tampoco serían casos de error, serían a lo sumo casos de ambigüedad de términos.

La estrategia para hacer frente a estos embates es la idealización (Cummins, 40). Cuando las cosas marchan correctamente el error no tendría por qué surgir. Las alucinaciones debidas al efecto de alguna enfermedad, estupefaciente, golpes, etc. son situaciones donde el sistema cognitivo no se encuentra en óptimas condiciones para ejecutar su función. Esta perturbación en el sistema es lo que provoca el error en la representación. Las condiciones adversas a la ejecución adecuada de la función cognitiva no se restringen a las condiciones internas del sistema o del sujeto que tiene el sistema representacional, también pueden ser condiciones externas tal como la baja luminosidad, demasiado ruido en el ambiente, encontrarse en un espacio diseñado especialmente para generar ilusiones, etc. Las condiciones externas adversas de igual modo pueden dar origen a los errores.

Al idealizar las condiciones en que el sistema cognitivo ofrece representaciones correctas, la covariación que importa no es la covariación actual, sino la que sucedería si las condiciones internas al sistema cognitivo fuesen apropiadas (Cummins, 41). De igual modo, se puede robustecer la teoría idealizando las condiciones externas al dispositivo representacional. Se requiere esta idealización dado que existen situaciones en las que son factores externos al dispositivo representacional los que nos llevan a representar inadecuadamente al mundo: las ilusiones perceptuales producidas por las habitaciones de Ames, los popotes que parecen doblarse en el agua, las ilusiones ópticas que crean los artistas visuales, todas estas situaciones engañan al perceptor. Estas equivocaciones, sin embargo, no son debidas a una falla en el sistema sino a las condiciones externas. Al considerar que el entorno también contribuye al error, la idealización se puede extender a ese dominio y sostener que un sistema cognitivo representa adecuadamente cuando y sólo cuando el sistema funciona adecuadamente y las condiciones son ideales.

Antes de concluir esta sección quiero mencionar que, a mi juicio, la idealización corre el riesgo de ser *ad hoc* si se sigue de ella que todos los casos de representación exitosa pueden ser presentados como casos donde las condiciones son favorables y al presentarse los errores se dirá que las condiciones no fueron ideales. Como se puede apreciar, la idealización así planteada no contribuye a entender por qué se da el error. Por otro lado, la teoría causal desliza los problemas relativos a la individuación de la causa del contenido mental y del error a la ciencia empírica, en particular, al estudio de la percepción. Los resultados de esta

investigación serán de suma importancia sin lugar a dudas, no obstante, no alcanzan a responder qué es lo que determina que un contenido mental o el significado de nuestras palabras sea el *correcto*. El habla en términos de corrección o incorrección tiene un pleno sentido normativo. ¿El proyecto causalista logra dar cuenta de esta dimensión o sólo se queda en el ámbito meramente descriptivo? ¿El causalista logra detallar en qué se fundan nuestras pretensiones normativas asociadas al lenguaje y pensamiento? Por ahora dejo estas interrogantes abiertas y doy paso a una exposición del internalismo fodoriano, propuesta enmarcada en las aproximaciones causalistas.

1.3 Internalismo

Con la publicación de *The meaning of 'meaning'* (Putnam, 1975) un nuevo rumbo en las discusiones sobre semántica filosófica tuvieron lugar. En ese artículo, Putnam presentó un argumento célebre, el argumento de la Tierra gemela, que pretende defender que el entorno juega un papel importante en la determinación del significado. Esta propuesta se presentó como una alternativa a la visión, ampliamente difundida previamente, que asumió que la determinación del contenido requiere exclusivamente de propiedades intrínsecas al individuo. Dos posiciones antagónicas surgieron a raíz de la publicación del artículo: los internalistas quienes defienden que el significado se determina a partir de propiedades intrínsecas al individuo y los externalistas quienes niegan esto. Los externalistas afirman que las relaciones del individuo con su entorno juegan un papel vital. Si bien en un primer momento la discusión se restringió a la contribución del entorno para la determinación del significado, la discusión rápidamente se extendió a la discusión sobre la determinación del contenido de los estados mentales intencionales. El tránsito es viable debido a las similitudes entre ambos dominios con respecto a sus propiedades semánticas.

Como caracterización inicial de la posición internalista, presento la siguiente definición:

INTERNALISMO: Los contenidos mentales se determinan a partir de propiedades intrínsecas al sujeto, las propiedades intrínsecas son aquellas que no presuponen la existencia de objetos distintos al sujeto que tiene ese contenido mental.

Grosso modo, la definición plantea que el contenido mental depende constitutivamente de propiedades intrínsecas al sujeto.⁵ Para clarificar la distinción entre propiedades intrínsecas y no-intrínsecas usaré una analogía basada en las diferencias entre peso y masa. Supongamos dos bolas de hierro con la misma masa pero situadas en lugares distintos, una está ubicada en la Tierra y otra en Júpiter. A pesar de tener la misma masa, supongamos 1 kg en cada una, ambas esferas tienen una aceleración gravitacional distinta. La situada en la Tierra cae a una velocidad de 9.81 metros por segundo cuadrado mientras que la situada en Júpiter cae a una velocidad de 26.39 metros por segundo cuadrado. Esta diferencia en la gravedad hace que el peso de la esfera en Júpiter sea mayor que el de la situada en la Tierra. La diferencia entre masa y peso reside en que la masa de un cuerpo es una propiedad intrínseca mientras que su peso es relacional, no-intrínseco. La masa consiste en la cantidad de materia que un objeto tiene. Si la masa difiere, debe haber ocurrido una modificación en la cantidad de materia que constituye el cuerpo. En cambio, el peso depende de la masa del cuerpo y también del campo gravitacional del lugar donde se encuentra.

En el caso de los estados mentales la distinción plantea que si el internalismo es correcto, es posible tener un estado mental sin que haya otros seres en el mundo, o también, que aunque existan objetos fuera de la mente, estos no necesariamente son aquellos sobre los que versan los estados mentales. Una mente con sus estados mentales no sólo es constitutiva y causalmente independiente del mundo. Putnam caracteriza al internalismo de una manera similar a la expuesta arriba mencionando ésta independencia al decir que “ningún estado psicológico, propiamente dicho, presupone la existencia de ningún otro individuo que no sea el sujeto de ese estado” (Putnam, 1984: 13). Putnam asevera que el internalismo fue la ortodoxia en la tradición filosófica. No obstante, los enfoques referencialistas en la semántica filosófica anglosajona dieron pauta a un viraje hacia el externalismo: la tesis que afirma que la individuación del contenido mental y del significado de las palabras es dependiente de factores externos al individuo. Veamos en la siguiente sección la propuesta internalista de Fodor.

⁵ Generalmente se deja a la intuición cuáles pueden ser las propiedades intrínsecas al individuo. Para una revisión crítica de estas suposiciones, véase Gertler (2012).

1.3.1 La propuesta de Fodor. Motivaciones a favor del internalismo.

En la psicología popular (*psychology folk*) la acción es conducta intencional causada por las creencias y deseos de un agente. Tales deseos y creencias causan y también racionalizan sus acciones. A pesar de su aparente éxito explicativo y predictivo, la psicología popular ha sido objeto de críticas que demeritan este éxito. Jerry Fodor (1987) intentó reivindicar la psicología popular mostrando cómo se puede hacer con que cumpla los estándares de la ciencia y a su vez retenga sus presupuestos centrales. Fodor defiende que es razonable establecer una teoría psicológica con rigor científico en la que operan enunciados legaliformes acotadas por cláusulas *ceteris paribus*. El establecimiento de leyes es importante en una teoría científica porque explican las regularidades recurrentes observadas. Una par de razones a favor de estas leyes psicológicas son que existe una estructura formal, la teoría de la decisión, que permite modelar el razonamiento práctico que guía la acción. Aunado a ello, es claro que a pesar de la falta de un vocabulario preciso la psicología popular es predictivamente exitosa. Nuestra interacción social se vendría abajo si no fuéramos capaces de comprender y predecir la conducta de los demás a partir de esta concepción popular de la mente. A pesar de su valoración positiva de la psicología popular, Fodor considera que ésta debe reinterpretarse para que se ajuste a los estándares científicos.

Si se pretende hacer una reivindicación de la psicología popular por medio de una teoría que cumpla estándares científicos, ¿Qué *desiderata* debe cumplir? ¿Qué objetos debe postular que cumplan el papel de contenidos? Fodor propone que los siguientes requisitos son centrales para la psicología popular:

1. el contenido de sus estados mentales tiene que ser semánticamente evaluable.
2. Tal contenido debe de tener poderes causales.
3. Las generalizaciones asociadas a estos estados son en general verdaderas.

Las condiciones (1) y (2) son acordes a los rasgos destacados por Moya sobre la dimensión semántica y explicativa-causal. Los estados mentales tienen una relación de ajuste (la expresión es de Searle) con respecto al mundo y es a partir de esta relación que evaluamos la

actitud o el contenido semántico de una atribución de estado mental. Las creencias son evaluadas en términos de ser verdaderas o falsas en virtud de si su contenido coincide con el mundo, los deseos son exitosos si el mundo es acorde a estos, las dudas son infundadas o justificadas a partir de si en el mundo da pie a estas dudas, etc. La dimensión semántica destaca la intencionalidad del pensamiento y el lenguaje que vincula a la mente y el lenguaje con el mundo. El punto 2 destaca la causación mental entendida en tres niveles: a través de la percepción (en donde la relación causal va del mundo a la mente), la acción (en donde la relación va de la mente hacia el mundo) y entre los propios estados mentales (como lo es un proceso de deliberación).

Fodor destaca la intencionalidad de la mente y la causación mental porque desea trazar un paralelismo entre ambas características, enfatiza que hay una similitud entre las relaciones (lógico-conceptuales) involucradas en la toma de decisiones y el proceso causal que enlaza a los contenidos entre sí o con el mundo externo: “las relaciones causales entre las actitudes proposicionales se las ingenian de alguna manera para reflejar las relaciones entre sus contenidos.” (Fodor, 1987: 32). La toma de decisiones al poderse analizar en términos de relaciones lógicas manifiesta una estructura. Por otra parte, la causación mental también puede ser analizada estructuralmente de forma exclusiva si tan sólo nos restringimos a las propiedades sintácticas del contenido mental. Fodor apuesta por ligar la estructura que vincula a los contenidos de estados mentales y la estructura causal de la red de propiedades sintácticas de sus contenidos. El marco conceptual que posibilita este paralelismo y el énfasis en las propiedades sintácticas del pensamiento en detrimento de sus propiedades semánticas es la teoría computacional de la mente (TCM) la cual será descrita en páginas posteriores.

Fodor centra una su crítica al externalismo afirmando que esta postura torna difícil ver cómo es posible la causación mental. Su argumento parte de una regla metodológica la cual afirma que en la práctica científica la identificación de entidades y sus poderes causales tiene que ser individualista (Fodor, 1987: 32). Dicha regla compromete a los científicos a una taxonomía que agrupe entidades con mismos poderes causales y los separe de aquellas entidades con distintos poderes causales. Los poderes causales de una entidad, según esta regla, están determinados por sus propiedades intrínsecas. El razonamiento que sigue Fodor es el siguiente: si la psicología es una ciencia, entonces debe adoptar esta regla metodológica

y establecer que los contenidos mentales se conectan causalmente con el mundo por medio de propiedades intrínsecas de sus respectivos estados intencionales. Fodor, con su principio del solipsismo metodológico, y Stephen Stich, con su principio de la autonomía de la psicología, se ajustan a este principio internalista de la ciencia.

El argumento fodoriano lo podemos reconstruir como un caso de inferencia a la mejor explicación. La mejor manera de explicar el poder predictivo de la psicología popular es adoptando una postura internalista. Podemos reconstruir la explicación de la psicología popular bajo estándares científicos si trazamos un paralelismo entre relaciones estructurales presentes en las relaciones causales que mantienen la mente con el mundo y sus propios estados mentales internos y por otro las relaciones lógicas presentes en los razonamientos que guían la acción. Para dar sentido al énfasis del aspecto sintáctico del contenido mental en detrimento del aspecto semántico, expondré en la siguiente sección la Teoría Computacional de la Mente así como el solipsismo metodológico.

1.3.2 La Teoría Computacional de la Mente (TCM) y el solipsismo metodológico.

En su célebre artículo de 1980, *Methodological solipsism considered as a research strategy in cognitive psychology* (MSC), Fodor defiende un modelo computacional de la mente, la Teoría Computacional de la Mente (TCM), como una mejor propuesta explicativa de la mente frente a la teoría hegemónica, la Teoría Representacional de la Mente (TRM). La TCM es una teoría empírica que pretende explicar la mente en términos computacionales, teoría que es asumida explícita o implícitamente por los investigadores cognitivos de la época. Este modelo presenta a la mente como una computadora. La computadora que tiene en mente Fodor es semejante a una máquina de Turing: un dispositivo que tiene una entrada de datos, un procesamiento interno de los datos en la cual figura una tarjeta de memoria que permite discriminar y categorizar los datos de entrada y una salida. Estos datos dentro del modelo son entendidos como una secuencia de signos. Los procesos internos son gobernados por reglas de combinación y recombinación de signos. Las salidas de la máquina son el resultado de la operación del algoritmo (entendido como la secuencia de sus estados internos) sobre sus entradas.

Fodor piensa que se puede dar una explicación más ambiciosa y detallada de la mente si se parte de este modelo. Un modelo rival, el modelo representacional de la mente, toma a los contenidos como entidades representacionales con propiedades semánticas. La TCM toma a los contenidos como estructuras con propiedades exclusivamente sintácticas. De este modo, para hacer un estudio de la mente se puede prescindir de cuál sea el entorno en el que se encuentre el individuo. Las propiedades de objetos externos a la mente y relaciones entre ellos no son de interés en este modelo. Por ello, sugiere como metodología al solipsismo metodológico que consiste en abstraer a la mente del mundo externo.

Si los procesos mentales son formales, entonces ellos tienen acceso sólo a las propiedades formales de las representaciones del entorno que los sentidos proveen. Por tanto, ellos [los procesos] no tienen acceso a las propiedades semánticas de tales representaciones, incluyendo la propiedad de ser verdadero, de tener referentes, o de hecho, de ser representaciones del entorno. (Fodor, 1980: 231)

El recelo hacia las propiedades relacionales por parte de Fodor depende de una premisa proveniente de la práctica científica. Los científicos para dar explicaciones causales exitosas apelan primordialmente a propiedades intrínsecas. Se admiten algunas excepciones a esta regla, por ejemplo, el caso de los planetas que para ser definidos aluden a sus relaciones con los integrantes del sistema solar al que pertenecen. La condición para aceptar propiedades relacionales en la taxonomía científica es que sólo se aceptan aquellas que afecten los poderes causales. A menos que el externalista muestre que las relaciones que postula como determinantes para la individuación del contenido son causalmente eficaces y relevantes y necesarias para la explicación, entonces persistamos en la búsqueda de propiedades intrínsecas.

El principio del solipsismo metodológico y la TCM se conjugan con una hipótesis empírica que es la Hipótesis del Lenguaje del Pensamiento (HLP). Según esta hipótesis, el pensamiento opera gracias a un lenguaje primordial denominado *mentalés*. El mentalés además de dotar al ser humano de capacidades lingüísticas mismas que serán vitales durante el aprendizaje de lengua materna, también dota de estructura al pensamiento, en particular, al concerniente a las actitudes proposicionales. Este lenguaje contiene propiedades

sintácticas de carácter lógico y propiedades semánticas tales como composicionalidad. Ambas propiedades son importantes para Fodor debido a su énfasis en el aspecto explicativo causal de la acción, explicación que se reconstruye en esta teoría como una secuencia lógica similar a los silogismos prácticos. El énfasis en la estructura lógica del mentalés es acorde al principio del solipsismo metodológico. Este principio demanda dar explicaciones de la acción a partir de propiedades intrínsecas al individuo. Algunas propiedades semánticas al ser relacionales impiden el establecimiento de leyes psicológicas. Por ende, estas propiedades relacionales son apartadas en este marco teórico.

Para finalizar, la teoría causal de la representación tiene distintas interpretaciones mismas que son acordes tanto a las pretensiones internalistas como externalistas. Esta amplitud de interpretaciones provienen de que las relaciones causales son analizables con distintos grados de finura. Restringamos las interpretaciones a aproximaciones distales y proximales de la causación. Las causas distales asumamos que son aquellas que sitúan la causa de un estado mental fuera del individuo mientras que las proximales sitúan la causa de un estado mental en el “interior” del individuo. Un internalista como Fodor sitúa los estímulos proximales como aquellos que son determinantes para la individuación del contenido mental. Una ventaja del solipsismo metodológico, concordante con preferir estímulos proximales tal como los caractericé, es que ofrece una explicación directa del porqué podemos tener pensamientos sobre cosas inexistentes o falsas.

En la siguiente sección doy una revisión del argumento causal, el cual tiene el objetivo de defender una concepción internalista del contenido mental.

1.3.3 El argumento causal.

El argumento causal es inicialmente presentado en el segundo capítulo de *Psychosemantics* (Fodor, 1988) como una respuesta al experimento mental de la Tierra Gemela (TG) de Putnam. La exposición de este experimento mental se destina al próximo capítulo, no obstante menciono muy brevemente algunas ideas generales. El experimento consiste en imaginar dos mundos prácticamente idénticos en características físicas y prácticas

lingüísticas salvo en algún aspecto. Este aspecto consiste en la estructura química de un objeto X perteneciente a una clase natural. A pesar de esta diferencia de la estructura profunda, al nivel de la percepción cotidiana son indistinguibles. Dos sujetos en ambos planetas quienes son física y psicológicamente idénticos se refieren con palabras semejantes al objeto X presente en su planeta. Dada la diferencia en la estructura química del objeto X, las palabras que cada uno de estos hablantes profieren en su planeta tienen diferente extensión. Esta diferencia en la extensión conlleva a una diferencia en el significado. Si suponemos que los individuos desconocen sobre estructuras químicas y su única vía para identificar al objeto X es su apariencia a simple vista, entonces ellos no serían conscientes de que el significado de sus palabras es distinto dada la diferencia en extensión. A partir de ahí Putnam concluye que los significados no están determinados exclusivamente por el estado psicológico en el que se encuentran los hablantes sino que también factores externos, factores incluso desconocidos para el hablante, juegan un papel fundamental. En el siguiente capítulo detallo en amplitud este experimento.

La apuesta de Fodor es retomar este escenario ficticio y mostrar que a pesar de estas diferencias en el entorno, esto no impide que los hablantes compartan ciertos estados psicológicos a los que llamaré *contenido estrecho*. De existir este contenido, sería este el relevante para la explicación de la acción. Una primera línea de ataque al argumento de Putnam se centra en las intuiciones que guían el escenario de la Tierra Gemela. Según Fodor las intuiciones que guían la exposición de Putnam son erradas y esto vicia el argumento al punto de extraer consecuencias extraordinarias.

Retomemos algunos detalles del escenario de la TG de Putnam y cómo Fodor lo desarrolla en el argumento causal. Supongamos que dos individuos, Óscar y su contraparte en la Tierra Gemela (TG) TÓscar, profieren la oración “Quiero beber agua”. El agua en la Tierra tiene la estructura química H₂O mientras que el agua de la TG tiene como estructura química una desconocida a la que llamaremos XYZ. Tanto Óscar como TÓscar desconocen de química por lo que podemos decir que tienen el mismo estado psicológico descrito solipsísticamente. Debido a esta diferencia en la extensión de la palabra “agua”, al momento que emiten cada uno de ellos en sus planetas respectivos la oración “Quiero beber agua” los efectos son distintos. Óscar consigue agua si se satisface su deseo, mientras que TÓscar consigue *tagua*

si satisface su deseo. Pero si hay diferencia en los efectos, debe haber diferencia en las causas, es decir, debe existir una diferencia en el contenido mental. Por tanto, ambos difieren en sus poderes causales a raíz de tener pensamientos distintos.

Fodor está en desacuerdo de que se siga argumentativamente que de la diferencia de los efectos, ambos no comparten un contenido que es causalmente relevante. El error reside en una mala evaluación sobre la individuación de los poderes causales: *La identidad de poderes causales tiene que ser evaluado a lo largo de contextos y no dentro de ellos* (Fodor 1988: 62) Por ejemplo, si contamos con los mismos poderes causales yo y el señor X para brincar a cierta altura, entonces en cada contexto en el que brincamos los dos debemos alcanzar la misma altura. Si brincamos en la Tierra, debemos alcanzar la misma altura; si brincamos en la Luna, debemos alcanzar la misma altura, etc. La evaluación no debe tomar a cada individuo en contextos distintos y ver si alcanzan la misma altura (yo brincando en la Tierra y el señor X en la Luna). Claramente nuestros brincos diferirán en altura, aunque tengamos el mismo resorte en las piernas. Eso también aplica para el caso de Óscar y su gemelo. Si los ponemos en el mismo mundo, por ejemplo en la Tierra, y emiten la oración “Quiero beber agua” ambos conseguirán H₂O. Si la emiten en TG, conseguirán XYZ. Esto mostraría que al evaluar la conducta de Óscar y TÓscar en el mismo mundo sus pensamientos obtendrán los mismos resultados. Al cambiar de entorno persistiría una semejanza de efectos. Por tanto, ambos comparten un contenido que es el relevante para su conducta y este contenido compartido es el contenido estrecho.

Ahora bien, ¿es cierta la demanda fodoriana sobre que las únicas propiedades relevantes en la explicación causal son intrínsecas? En Fodor (1991) el autor respondió a la objeción de que en la ciencia sí son reconocidas las propiedades relacionales como causalmente relevantes. Ante ello propuso un criterio para identificar propiedades relacionales causalmente relevantes. El criterio que propuso fue que una propiedad relacional es causalmente relevante si está unida **contingentemente** a su efecto. Las propiedades relacionales conectadas **conceptualmente** a su efecto no son causalmente relevantes. Aunque la labor realizada al proponer leyes conlleva decisiones conceptuales, la verdad de una ley empírica no se debe determinar exclusivamente por los conceptos que la integran sino también por la contrastación empírica.

Los externalistas afirman que la conducta de Óscar y TÓscar son distintas porque el éxito de su acción está ligado con si consiguen o no el líquido con la estructura química de la Tierra en la que viven. El externalista, acusa Fodor, incurre en tornar en una verdad conceptual que los pensamientos de agua producen conductas de agua mientras que los pensamientos de tagua producen conducta tagua. Por ello, las propiedades relacionales del externalismo son irrelevantes para la explicación. Es más rentable explicar la diferencia de conducta y éxito de la conducta insistiendo en que las circunstancias interfieren en para el éxito de la acción pero que no por ello debemos considerarlas como parte de los poderes causales relevantes.

A partir de lo arriba expuesto el argumento causal a favor del internalismo consta de las siguientes premisas.

(P1) El contenido mental de un sujeto permite explicar el porqué de su conducta.

(P2) Los poderes causales de una entidad dependen de propiedades intrínsecas a esta. En particular, si dos individuos comparten las mismas propiedades intrínsecas, entonces deben producir los mismos efectos.

(P3) El contenido mental amplio no involucra propiedades intrínsecas en su caracterización.

(C) Por tanto, el contenido amplio no juega un papel importante en la explicación de la conducta.

Las premisas uno y tres no son premisas polémicas a diferencia de la premisa dos. El experimento mental de la Tierra Gemela pone en duda que las propiedades intrínsecas sean las únicas relevantes para la individuación del contenido y esto abre la puerta para que ellas también jueguen un papel en sus poderes causales. La respuesta de Fodor apela a que la valoración de los poderes causales debe ser a lo largo de los contextos y no dentro de ellos. Ante la objeción de que la taxonomía científica sí acepta propiedades relacionales, Fodor presionará una objeción al externalismo aduciendo que las propiedades relacionales que postulan ligan conceptualmente a los efectos con sus causas.

Con la exposición del argumento causal cierro esta sección dedicada a desarrollar una postura internalista de corte causalista para dar paso a las objeciones.

1.3.4 Críticas al internalismo de Fodor

Una crítica al proyecto de Fodor recae en la tensión entre dos objetivos de su propuesta: es difícil ver cómo puede reconciliar su intento de crear una teoría que reivindique la psicología popular, en particular la explicación y la predicción de la conducta, y su modelo computacional que sólo opera a partir de las propiedades sintácticas. Nuestros estados mentales intencionales tienen un contenido proposicional. Como el propio Fodor reconoce, el contenido mental es intensional y por ello es vital rescatar la dimensión informacional, o por decirlo en términos fregeanos: el modo de presentación que el contenido mental tiene para su poseedor. Sin embargo, el modelo computacional sólo opera con las propiedades sintácticas dejando de lado las propiedades semánticas del contenido proposicional. El modelo de la TCM se aleja de la concepción popular y torna los procesos de deliberación de la acción operando a niveles sub doxásticos, es decir, operando a niveles que no demandan conocimiento del agente de sus propios contenidos mentales.

El objetivo de esta tesis es evaluar teorías a la luz de sus respuestas a los problemas del error y de la objetividad, ¿el internalismo de Fodor los resuelve? Con respecto al problema de la objetividad más que una respuesta hay una evasión. Como el propio Fodor menciona:

...la condición de formalidad se conecta con la afirmación cartesiana que el carácter de los procesos mentales son de algún modo independientes de sus causas del entorno y sus efectos. El punto es que, hasta donde estamos pensando los procesos mentales como puramente computacionales, la consideración de la información del entorno es agotada por el carácter formal de cualquier cosa que el oráculo escriba sobre la cinta de la máquina. En particular, no importa a tales procesos si lo que escribe el oráculo es verdadero; si, por ejemplo, si ellos son transductores/canales que reflejan fielmente el estado del entorno, o solamente el resultado final de una máquina de escribir manipulada por un demonio cartesiano empeñado en engañar a la máquina. Si los procesos mentales son formales [...] ellos no tienen acceso a las propiedades semánticas de tales representaciones, incluida la propiedad de ser verdadero, tener referencia, o, de hecho, la propiedad de ser representaciones del entorno. (Fodor, 1980: 165-166)

Como muestra la cita, la teoría de Fodor no enfrenta al problema de la objetividad porque ni siquiera está entre sus objetivos. Ahora, definiendo que una buena explicación de la conducta debe considerar como un tema fundamental que el agente actúa de acuerdo a las circunstancias del entorno y el cómo las percibe y se forma una imagen del mundo. Las expectativas del éxito de la acción involucran considerar un mundo en el cuál se puede incidir a partir de nuestro conocimiento sobre este. Si una teoría del contenido mental orientada a dar cuenta de la causación mental deja de lado el aspecto semántico del contenido, entonces dejamos de lado lo que es causalmente relevante para la explicación.

Con respecto a uno de los problemas asociados al problema del error como lo es el problema de la disyunción, Fodor recurre a una dependencia asimétrica. Dicha solución apela a que el error es dependiente del acierto. El problema de la disyunción consiste en la regularidad con la que un concepto se aplica a objetos que pertenecen a categorías distintas. Se aplica correctamente a uno de esos ejemplares pero las condiciones adversas asemejan demasiado a ejemplares de otra categoría. Dada la constancia en esta confusión y que el error no debería ocurrir en una relación causal, el concepto es de carácter disyuntivo. La TDA nos dice que si el concepto GATO lo relaciona una persona de manera regular a gatos y a perros pequeños en la oscuridad, entonces la correlación (1) entre GATO y gatos es una relación más fundamental que la correlación (2) entre GATO y perros pequeños en la oscuridad. La correlación (1) es más fundamental debido a que no se podría dar la correlación (2) a menos que existiera previamente la correlación (1). Por su parte, la correlación (2) no puede fundamentar la correlación (1): la correlación (1) es independiente de si existe o no la correlación (2). Expresemos esta tesis de manera general:

(C1) Un concepto |P| se aplica a ejemplares de la categoría P.

(C2) Un concepto |P| se aplica también a ejemplares de la categoría Q cuando las condiciones no son ideales.

(C1) es más fundamental que (C2) porque puede existir la correlación (C1) sin que exista (C2) pero no al revés. (C2) es dependiente de (C1), luego la relación de dependencia es asimétrica entre ambas correlaciones.

Crane (2008) considera que la TDA describe fielmente un truismo: el error es parasitario del acierto. Desgraciadamente esa obviedad no es explicativa. Además, es empíricamente falso que haya una dependencia asimétrica que demande que para tener un concepto bien definido hayamos partido de ligas causales “correctas” durante la etapa de adquisición de conceptos. Afortunadamente, aprendemos muchos conceptos sin tener nunca contacto causal con especímenes, como es el caso de animales peligrosos tal como las cobras. Basta ver imágenes, algunas completamente caricaturescas, para aprender un concepto. Se podría decir que quizás esta tarea de discriminar entre buenas relaciones causales que permiten fijar correctamente los contenidos quede en manos de los neuropsicólogos quienes a través del estudio de los mecanismos biológicos involucrados en la percepción nos aporten mayores detalles. La respuesta proveniente de la neuropsicología deberá hacerse de acuerdo a ciertas restricciones teóricas para apuntalar al naturalismo. Las especificaciones de cuáles son los mecanismos exitosos para la representación no deben ser individuados a partir de qué conceptos o significados se asocian con esas irritaciones de las terminaciones nerviosas. De no cumplirse este requisito la explicación no satisface las *desiderata* naturalistas.

Empero, aunque la neuropsicología venga al rescate del causalista queda un tema de vital importancia: no sólo interesa saber los mecanismos perceptuales ligados a las representaciones erróneas, también deseamos saber lo que sustenta el uso de términos evaluativos y no meramente descriptivos. El error tal como se entiende en este trabajo tiene una carga normativa. Nuestra conducta es catalogada como errónea o correcta relativa a criterios normativos. La intencionalidad presente en el lenguaje y las actitudes proposicionales también tienen un componente normativo. Tiene pleno sentido el uso de expresiones tales como “irracional”, “racional”, “correcto”, “incorrecto”, entre otros términos, cuando evaluamos nuestra conducta lingüística y los estados mentales. En reiteradas ocasiones la normatividad presente en el lenguaje y el pensamiento es dependiente de cuáles son los propósitos de los agentes. Esto parte de un marco teleológico de la explicación. Justo esta carga normativa dio origen a versiones naturalistas de la determinación del contenido que apelan a causas teleológicas como sustituto del marco normativo. Las relaciones causales tal como las presenta Fodor son ajenas a estos criterios

normativos y a la explicación teleológica. La omisión de estas características es un defecto importante en esta teoría.

1.4 Conclusiones.

En este capítulo he pasado revista el internalismo de Fodor sobre el contenido mental: una teoría naturalista del contenido mental y, más específicamente, un modelo causalista de la mentalidad. Esta teoría tenía como propósito encauzar la explicación de la acción proveniente de la psicología popular hacia un marco propio de la ciencia. Para lograr este cometido se parte de un modelo computacional de la mente y de una tesis metodológica conocida como solipsismo metodológico. Este enfoque toma exclusivamente en consideración las propiedades sintácticas del contenido mental y las propiedades intrínsecas al individuo como aquellas causalmente relevantes. Un problema persistente para las teorías causalistas es el problema del error y el problema de la disyunción y no es la excepción para el caso de la teoría de Jerry Fodor. Aunado a las críticas clásicas contra los enfoques causalistas expuso mis dudas sobre si este enfoque puede dar cuenta de los problemas de la objetividad y del error. Plantee que al adoptar el solipsismo metodológico, Fodor evade la cuestión sobre la objetividad del pensamiento. Con respecto al problema del error, más allá de si la tesis de la dependencia asimétrica es empíricamente falsa, mi principal observación es sobre la dimensión normativa de este concepto el cual no es capturado con la importancia que merece bajo el enfoque fodoriano. En el siguiente capítulo, presentaré las propuestas externalistas de Burge, Kripke y Putnam.

CAPÍTULO II.

EXTERNALISMO SEMÁNTICO. BURGE Y KRIPKE.

En el capítulo anterior presenté una revisión de la teoría de Fodor sobre el contenido mental. Su propuesta requiere una noción de contenido estrecho para reivindicar la psicología popular como ciencia de la acción humana. Al final del capítulo, vimos una serie de objeciones al contenido estrecho: sobre si es capaz de ofrecer una explicación del error y de la objetividad.

En este capítulo, haré una revisión de algunas concepciones externalistas sobre el contenido. Expondré de manera muy general la tesis externalista y los argumentos en su favor. Presentaré dos argumentos clásicos: el de Burge y el de la Tierra gemela. Posteriormente expondré dos versiones de externalismo: el perceptual de Burge y el externalismo social que se desprende de la exégesis kripkeana del problema de seguir una regla de Wittgenstein. Finalizaré con una serie de críticas a estas dos posiciones.

2.1 Argumentos externalistas clásicos.

2.1.1 Putnam y el argumento de la Tierra gemela.

El argumento clásico en contra del internalismo se debe a Putnam (1975). Ahí, intenta buscar una comprensión más clara de la noción de significado. Según Putnam, hay una ambigüedad en este concepto: *significado* puede ser entendido como *extensión* o *intensión*. La *extensión* de un término general consiste en el conjunto de individuos de los que se predica con verdad. La *intensión*, por su parte, fue tratada en la tradición como una conjunción de propiedades que fungen como condiciones necesarias y suficientes para que una entidad pertenezca a su respectiva extensión. A pesar del distanciamiento de filósofos como Carnap o Frege con respecto a una visión *conceptualista* del significado, no evitaron que su aproximación siguiera teniendo connotaciones psicologistas. Putnam afirma que hay dos tesis asociadas a la noción teórica de significado:

- (1) Conocer el significado de un término involucra estar en cierto estado mental, estado mental acorde al principio del solipsismo metodológico.
- (2) La intensión de un término determina su extensión.

El solipsismo metodológico al que alude Putnam es muy semejante al propuesto por Fodor y revisamos el capítulo anterior. Este principio establece que la posesión de cualquier estado mental no presupone la existencia de otro objeto más que el poseedor del estado. Los estados psicológicos que cumplen este principio son denominados “estrechos”, mientras que los que no lo cumplen son “amplios”. La diferencia o identidad del estado mental así como del contenido mental bajo el solipsismo metodológico depende de propiedades intrínsecas y no de propiedades relacionales. Con respecto a la tesis dos, la intensión de un término puede ser identificada con un conjunto de condiciones necesarias y suficientes las cuales establecen un criterio de aplicación correcta. Los objetos que caen bajo la extensión de un predicado son aquellos que satisfacen estas condiciones. De este modo surgió la doctrina de la determinación de la referencia a través de la intensión del concepto.

La conjunción de las tesis I y II establece que captar la intensión de un término nos da las herramientas cognitivas para fijar la referencia o denotación del término. Además de fijar la referencia, ofrece un criterio de aplicación correcta de las palabras. Este criterio ofrece las herramientas cognitivas necesarias para determinar la extensión del término. Sobre el segundo supuesto, Putnam advierte que también la formulación inversa ha sido aceptada por la tradición, es decir, que a diferencia en la extensión se sigue una diferencia en la intensión.

Putnam decide retar a la tradición asentada sobre estos dos supuestos y para ello propone el siguiente experimento mental.

Imaginemos que hay un planeta prácticamente idéntico al nuestro al que llamaremos Tierra Gemela (de ahora en adelante TG a la Tierra Gemela y T a la Tierra actual.) Sin embargo, hay una diferencia importante. Hay un líquido que aunque tiene las propiedades superficiales del agua terrestre (ser incolora, inodora, insípida, fluir en ríos, salir del grifo, quitar la sed, etc.), no tiene su misma estructura química. A esta estructura química --por mor de la brevedad-- se le nombra XYZ. Ahora imaginemos que tanto en T como TG, hay dos individuos que son molécula por molécula idénticos, incluso ambos se llaman Óscar (para distinguirlos usaré la nomenclatura “Óscar” para Óscar terrestre y TÓscar para ÓscarTG).

Cada uno habla lenguajes semejantes fonética, sintáctica y morfológicamente. De hecho, ambos tienen en su idioma la palabra “agua” la cual usan de manera muy semejante para referirse a la materia acuosa que hay en su respectivo entorno. Por hipótesis, al usar la palabra “agua” ambos se encuentran en un estado mental estrecho. La identidad del estado mental estrecho se garantiza si situamos el escenario en el año 1750 cuando no se sabía sobre la estructura química del agua. Para ambos sujetos, las propiedades visibles sin el uso de aparatos son las que les permite distinguir al agua de otros líquidos. Una tesis que adopta Putnam y que resulta crucial para que el argumento avance es que la extensión de los términos es constante en cada uno de las Tierras. Es decir, aunque en 1750 no haya medios para reconocer la estructura química del agua la extensión es la misma. Ahora bien:

- (1) La palabra “agua” tiene extensiones distintas en T y TG: en T es H_2O y en TG es XYZ.
- (2) Por la contraposición de la tesis II y premisa 1, si “agua” tiene extensiones distintas, entonces debe tener intensiones distintas. Llámese a estas intensiones I_1 e I_2 .
- (3) Por hipótesis, Óscar y TÓscar comparten el mismo estado psicológico dado que la situación se remonta al año 1750 cuando no existían los medios para hacer análisis químicos.
- (4) Por tesis I y premisa 3, si Óscar y TÓscar comparten el mismo estado psicológico entonces deben captar la misma intensión, e identidad de intensión nos da identidad de extensión por tesis II.
- (5) Hay una contradicción entre las premisas 2 y 4 así que al menos una de las tesis base debe ser errónea.

El experimento mental de Putnam está diseñado para mostrar que la tesis I que identifica la intensión de un término con aquello que el sujeto capta cuando está en un estado psicológico solipsista es la tesis errónea. Putnam no pondrá en duda que si un término tiene dos extensiones distintas es un signo de diferencia en la intensión. Por un lado es crucial mantener la segunda tesis para extraer la consecuencia novedosa del externalismo⁶, por el otro, si

⁶ Si se abandona la segunda tesis, entonces es compatible que un par de individuos tengan el mismo estado psicológico solipsista y sus palabras tengan extensión distinta. Ese escenario no reta la visión tradicional del significado.

abandonamos esta tesis, los términos de clase natural tendrían un comportamiento idéntico a expresiones deícticas tales como los pronombres personales. Si bien Putnam defiende que hay un componente deíctico oculto en nuestros términos de clase natural en virtud de cuál fue el contexto de acuñación, no identifica su significado, entendido como intensión, con reglas que operan el uso de expresiones netamente deícticas.

Putnam insiste que la visión tradicional depende de una visión sesgada sobre la mente humana y su relación con el mundo. Asume una visión individualista sobre la naturaleza del significado. Se asume que la comprensión, la fijación y determinación de la referencia lo puede lograr un individuo de manera independiente a su entorno. Sin embargo, Putnam enfatiza que tanto el mundo natural como el mundo social juegan un papel en la determinación del significado. Por una parte, los términos referenciales no sólo se vinculan con su referencia a partir de un listado de características observables a simple vista sino que establecen una liga con la auténtica referencia a partir de propiedades profundas. Se requiere conocimiento especializado para conocer la auténtica referencia. Este conocimiento especializado al ser conocido por pocas personas es enfatizado por Putnam al mencionar que la naturaleza del significado también tiene una dimensión social. Son los expertos quienes nos dan la pauta para el uso correcto de nuestras palabras en el caso de términos de clase natural. Putnam aventura una hipótesis sociolingüística que corre paralela a la tesis sobre la división social del trabajo al aseverar que también hay una división de la tarea lingüística. Los expertos determinan la auténtica referencia de términos de clase natural y este conocimiento se propaga a lo largo del cuerpo social. Los legos sólo asociamos algunos marcadores y estereotipos que en condiciones usuales son suficientes para guiarnos. Sin embargo, ante situaciones que requieren precisión estos marcadores se muestran insuficientes para determinar la referencia. Se requiere conocimiento empírico que no podemos adquirir simplemente por captar el significado de las palabras.

A juicio de Putnam, la concepción tradicional del significado ha errado en su explicación del mismo por mostrarlo como dependiente de un solo factor: el estado psicológico individual de aprehensión del concepto. Putnam cree que la noción de significado puede ser esclarecida involucrando más elementos en el juego. Putnam plantea que el significado es un vector que involucra tanto a la extensión, entre otros elementos tales como marcadores y estereotipos.

Para finalizar esta sección, mencionaré que el tránsito de un tema sobre la determinación del significado, como lo fueron los argumentos clásicos a favor del externalismo, a la determinación del contenido mental se logra si consideramos que tanto los enunciados declarativos como el contenido mental tienen características semánticas en común tal como condiciones y valores de verdad así como el ser intencionales. Aceptemos que hay una fuerte correlación y las conclusiones que obtengamos al nivel lingüístico se replicarán al nivel mental. Agreguemos que las condiciones de verdad de un enunciado declarativo son dependientes de la contribución semántica de las partes. De este modo, si el significado de un término que aparece en el enunciado se determina de forma externalista, entonces las condiciones de verdad dependerán también de condiciones externas al sujeto, condiciones incluso incognoscibles para el agente.

En la siguiente sección expongo el externalismo social expuesto por Tyler Burge.

2.1.2 Burge y el carácter social del contenido.

En el artículo clásico *El individualismo y lo mental* (1996) Tyler Burge defiende una versión social del externalismo sobre el contenido. Por externalismo social entenderé la postura que dice que el contenido semántico de expresiones lingüísticas o contenidos mentales está determinado, al menos parcialmente, por la comunidad a la cual pertenece el hablante. El argumento también se presenta en términos de un experimento mental semejante al de la Tierra Gemela de Putnam.

Supóngase que una persona llamada Armando padece de artritis desde hace tiempo en sus rodillas, muñecas, dedos. Armando es un hablante competente del español, es racional y también inteligente. Un buen día, Armando despertó con un fuerte dolor reumatoide en un muslo. En ese momento, Armando pensó que había desarrollado artritis en su muslo. Cuando visitó a su médico y le informó su temor por la artritis, el doctor le hizo notar que la artritis es una dolencia exclusiva de las articulaciones. Armando se sorprendió un poco pero abandonó su creencia errónea. Por medio de un razonamiento contrafáctico, se nos pide

imaginar una situación parecida, donde un duplicado físico y mental⁷ de Armando también padece de un dolor reumatoide en sus articulaciones y en el muslo. Vive en un entorno que es prácticamente idéntico al que se tiene en la situación anterior con la única diferencia de que en esa comunidad “artritis” no sólo se usa para catalogar dolencias en las articulaciones sino también en otras zonas tal como los muslos. En esa situación contrafáctica, cuando Armando le manifiesta a su doctor su temor de tener artritis en un muslo no es corregido por el médico. El experimento mental nos invita a pensar en que no hay contradicción en suponer que a pesar de que Armando y su duplicado compartan las mismas propiedades intrínsecas hay una diferencia en la extensión de sus palabras dichas en contextos distintos. Al ser la comunidad lingüística y sus criterios de aplicación de las palabras lo que cambia, entonces son ellos los causantes en esta diferencia en la extensión.

Burge hace varias acotaciones previas a la exposición de este escenario. En vez de usar términos estándar tal como el de “concepto” él decide usar el término “noción”. La razón es evitar los presupuestos teóricos asociados con la palabra “concepto”, presupuestos de corte mentalista e individualista. Además, en vez de referirse a las actitudes proposicionales él se centrará en las adscripciones de creencia u otras actitudes proposicionales. Mi lectura en este cambio es privilegiar una aproximación de tercera persona al escudriñar la naturaleza de las actitudes proposicionales. Por otra parte, la lectura que le dará a estos reportes de actitudes proposicionales será *de dicto*. Hay dos razones para preferir esta lectura. Una de ellas es que esta lectura es la que aparece en la psicología popular. La explicación de la acción en la psicología popular parte que el individuo tiene una concepción de las cosas y esta concepción es relevante para hacer inteligible su conducta. La otra razón es que el argumento externalista se debilita cuando se aplica a verbos de logro tal como saber, percibir, etc. y también se les da lecturas *de re* al contenido mental. Esta lectura demanda que el individuo tenga una relación con el objeto sobre el cuál versa su pensamiento o sus palabras. En ese caso es trivial que haya una relación del agente con su entorno. El externalismo se torna una tesis

⁷ Una acotación que hace Burge es que la descripción del individuo no haga uso de un vocabulario mentalista intencional.

revolucionaria cuando los estados mentales con lectura *de dicto* también están determinados por el entorno.

Es necesario para que avance el argumento de Burge que las personas involucradas en el experimento tengan una comprensión incompleta la palabra en cuestión. El sujeto usa en varios contextos la palabra de forma correcta de tal modo que su destreza se toma como un fuerte indicio que ha captado correctamente el significado. Sin embargo, en situaciones particulares usa de forma incorrecta las palabras, este dominio incompleto es del que echa mano el argumento de Burge. Es plausible suponer que nuestra adquisición del lenguaje es un proceso paulatino que bajo ciertas condiciones de uso uno demuestra dominio pleno hasta que una situación inusual revela nuestras carencias. Lo importante es resaltar que las condiciones de uso correcto de nuestras palabras son dadas socialmente y por ello no bastan las propiedades intrínsecas al individuo para determinar contenido y significado.

Stalnaker (1989) resalta 3 contribuciones al debate que se desprenden del artículo de Burge:

1) Las conclusiones putnamianas se atienen al significado lingüístico y no manifiestan de manera explícita su ampliación hacia la determinación del contenido, Burge fue enfático en extender los alcances del externalismo lingüístico hacia un externalismo del contenido mental.

2) Burge enfatizó en la dimensión social del contenido semántico. Incluso me atrevo a agregar que gracias a este énfasis en la dimensión social obtenemos respuesta sobre cómo adquiere una carga normativa el pensamiento y el lenguaje, si afirmamos que esta proviene de la comunidad lingüística en la que uno se encuentre.

3) Burge defendió que el externalismo es un fenómeno más amplio de lo pensado por Putnam por no restringir su argumento a términos de clase natural o términos que involucren a un grupo de expertos que a partir de su conocimiento especializado se vuelven autoridades en el tema de la determinación de la referencia. Además, los ejemplos de Burge se acotan a adscripciones de dicto por lo que tornan más interesantes las conclusiones.

En esta sección he presentado los argumentos clásicos a favor del externalismo. En la sección inmediata paso revista a dos argumentos con conclusiones semejantes pero supuestos

distintos como son el externalismo perceptual de Burge y la exégesis kripkeana al problema de seguir una regla expuesto inicialmente por Wittgenstein.

2.2 Dos argumentos no clásicos a favor del externalismo: los argumentos de Burge y Kripke.

2.2.1 El externalismo perceptual.

Posterior a la publicación y discusión sobre el externalismo social, Burge desarrolla otra vía a favor del externalismo partiendo de las investigaciones sobre la percepción. Considera que la discusión filosófica sobre la percepción está en gran medida fundada en intuiciones equivocadas y que una mejor comprensión de este fenómeno debe apoyarse en la investigación científica reciente sobre el tema. En esta sección, expondré su argumento para defender una forma de externalismo del contenido mental que involucra a la percepción. A esta forma de externalismo lo denominaré perceptual. El argumento lo tomo del artículo “Cartesian error and the objectivity of perception” (Burge, 1986). En este artículo se critica la concepción cartesiana de la mente y su teoría del error. Burge pretende mostrar que es gracias a que existe un trasfondo de interacciones exitosas entre el sujeto y el entorno a través de la percepción que se puede explicar el error. El argumento para defender esta postura parte de tres premisas:

1. La experiencia perceptual es acerca de objetos, propiedades y relaciones que son *objetivas*.
2. Tenemos percepciones que especifican tipos objetivos particulares de objetos, propiedades y relaciones *como tal*.
3. Algunas percepciones que especifican tipos objetivos de objetos, propiedades y relaciones como tales lo hacen parcialmente debido las relaciones que se mantienen entre el perceptor y ejemplificaciones de esos tipos objetivos.

La premisa 1 al resaltar el carácter objetivo de nuestras experiencias perceptuales presupone una independencia entre las cosas en el entorno y nuestro pensamiento. Una consecuencia de esto es que percepciones y alucinaciones equivocadas son posibles.

La premisa 2 asevera que la percepción de entidades objetivas discrimina con cierto nivel de detalle las entidades representadas. Esta especificación no versa sobre cosas como autos, personas, libros, animales, plantas, etc. sino sobre manchas, barras, conos, texturas, estar más lejos x que de y , en *tanto tales*. Es decir, la experiencia perceptual versa de cosas que están fuera de la mente y no nuestra imagen mental que hacemos de ella.

La premisa tres asevera que la liga causal presente en la percepción no sólo provoca tener ciertos estados mentales sino que también determinan cuál es su contenido. Burge toma distancia de las concepciones mentalistas tanto de Descartes como los empiristas clásicos quienes sitúan un intermediario entre la mente y durante el proceso perceptual. Según estas aproximaciones clásicas, la causalidad sólo da pie al surgimiento de entidades mentales que guardan algún parecido con sus correlatos en el mundo. Burge no sólo abandona la postulación de intermediarios sino que también le da a la causalidad la capacidad de apoyar en las labores de individuación del contenido.

El argumento de Burge a favor del externalismo perceptual sigue la tónica de su argumento clásico a favor del externalismo social. En este caso no se valdrá del dominio incompleto de cómo se usa una palabra sino sobre percepciones parcialmente erróneas y ver cuáles son nuestras intuiciones en una situación contrafáctica en la que no hay un error. Imaginemos a un sujeto quien tiene en reiteradas ocasiones percepciones correctas sobre objetos pertenecientes a la clase X, supongamos que son gallinas. Sin embargo, ocasionalmente él confunde objetos de la clase Y, supongamos que sean gallos, con objetos de la clase X y los percibe como si fueran de la clase X. Esta situación es acorde a la tesis 1 que afirma que defiende la objetividad de la percepción.

Ahora supongamos una situación contrafáctica en la que el individuo tiene una réplica exacta tanto física como mentalmente, en particular sus habilidades para discriminar objetos es la misma en ambas circunstancias (sin describir su mentalidad y capacidades discriminatorias de manera intencional y aludiendo a su entorno). Supongamos que en ese entorno no hay gallinas en absoluto. También supongamos que las percepciones recurrentemente causadas por gallinas en esa situación contrafáctica son causadas de manera sistemática por gallos. Por la premisa dos, las percepciones correctas que se tienen en la situación actual y la

contrafáctica se relacionan directamente con su causa. En el caso actual las representaciones correctas versan sobre gallinas y en la situación contrafáctica versan sobre gallos, es decir, al ser causas distintas las percepciones son distintas también.. Por último, por la premisa tres, las conexiones causales no son las mismas en la situación actual y la contrafáctica. Las leyes perceptuales que emanen de esas relaciones serán diferentes. Al ser los individuos idénticos con percepciones distintas se concluye que esta diferencia depende de la diferencia en conexiones causales-perceptuales.

Basten estas líneas para esbozar el externalismo perceptual de Burge. La revisión crítica la pospondré hacia el final del capítulo.

2.2.2 La exégesis kripkeana al problema de seguir una regla.

Kripke en su célebre “Wittgenstein: on rules and private language” (1982) se dio a la tarea de reconstruir el argumento wittgensteiniano en contra del lenguaje privado. En esta sección daré paso a una exposición del argumento y sus consecuencias en contra del internalismo. Supongamos a un hablante competente del español, racional, y que sabe realizar operaciones aritméticas básicas, en especial sumas, de manera exitosa. Supongamos que se le cuestiona cuál es el resultado de $68+57$. A pesar de su amplia experiencia usando el símbolo ‘+’ y su comprensión de los números 68 y 57, esta operación resulta novedosa: jamás había realizado previamente una suma con tales números porque jamás había realizado operaciones con números mayores o iguales a 57. El sujeto ofrece como respuesta 125. Ahora supongamos que un escéptico cuestiona su respuesta inquiriéndole cómo sabe que ese resultado es el correcto. Nuestro sujeto inicial replica que sabe que ese es el resultado correcto porque ha efectuado correctamente la suma y, dado que sabe cuánto es 68 y 57 y lo que quiere decir el símbolo “+”, sabe que el resultado es 125. El escéptico aclara que no pone en duda la capacidad del sujeto de efectuar sumas de manera correcta. No pone en duda la pericia para efectuar cálculos matemáticos. Lo que pone en duda es que en esta ocasión, el signo “+” deba ser interpretado como indicando la función suma y no una función distinta, llamada cua-suma. Cua-suma arroja el mismo resultado que la suma ordinaria cuando los números son menores a 57. Pero cuando se suman números iguales o mayores a 57, arroja como resultado 5. Se define la función cua-suma de la siguiente manera:

Si $x, y < 57$ entonces $x \oplus y = x + y$.

Si $x, y \geq 57$ entonces $x \oplus y = 5$.

La primera reacción ante la duda escéptica es de rechazo: eso debe ser una propuesta descabellada. El escéptico por su parte está dispuesto a aceptar su error si se justifica porqué se deba interpretar el signo “+” como expresando la función suma en vez de cua-suma. Para responderle, el escéptico pide que se ofrezca un hecho en el pasado que muestre que el signo “+” siempre ha expresado suma en vez de cua-suma. Este hecho debe también justificar los usos de ‘+’ por el hablante competente.

No resuelve la disputa decir que simplemente se debe de actuar como se ha hecho antes porque por hipótesis esta es una operación que nunca se ha realizado previamente con estos valores. Por otra parte, la conducta pasada es compatible con cualquiera de las dos funciones asociadas al signo “+”. Kripke asevera que el problema tiene dos vetas: una de carácter metafísico y otra de carácter epistémico. El flanco metafísico solicita un hecho psicológico o conductual que determine cuál es la función asociada al signo “+”, es decir que diga qué hechos constituyen el significado. El flanco epistémico requiere una respuesta a la cuestión de cómo justificar mi respuesta.

Sobre la vertiente metafísica, Kripke afirma que no hay un hecho psicológico que determine si en el uso pasado se expresó la función de suma o cua-suma con el signo “+”. Kripke defiende esta tesis aduciendo que la historia pasada del sujeto es compatible con las dos interpretaciones del signo. No sólo desde un punto de vista de tercera persona que involucraría la conducta pública sino que también desde una perspectiva de primera persona. El sujeto no es capaz de decir cuál es la instrucción que debe de seguir. Esta ignorancia no es debido a una deficiencia epistémica: incluso un ser omnisciente no sabría cuál es la función que se utilizó, viendo los estados mentales y la conducta previa del hablante. Pero si no se puede responder la pregunta para el momento pasado, el argumento se puede reiterar hacia el presente. Al hacer eso, la suposición de que el uso presente del signo “+” expresa suma se torna espuria. El argumento se puede generalizar para todo el lenguaje, de modo que la suposición de que las palabras tienen un significado determinado no se sostiene.

Una propuesta al reto escéptico que rechaza Kripke es la del disposicionalista, quien afirma que hay hechos disposicionales que distinguen entre significar más y cuás. Un individuo expresa la función adición si tiene la disposición de responder 125 al preguntársele “¿cuánto es $68+57$?”. Por otra parte, expresa la función cuadición, si tiene la disposición de responder “5” al preguntársele “¿cuánto es $68+57$?”. Esta disposición tal vez no se haya manifestado previamente porque no hubo condiciones para su manifestación; sin embargo, la disposición ahí estaba.

El problema de esta propuesta es que no ofrece una respuesta que informe sobre la dimensión normativa del significado, es decir, cuáles son los hechos que dan sentido evaluar nuestra conducta lingüística. El disposicionalista torna la acción lingüística en una regularidad causal; es en virtud de un mecanismo causal que el individuo responde como responde. Sin embargo, el significado tiene una dimensión normativa, no sólo atañe a cómo los individuos de hecho responden a las preguntas; más bien, cómo deben responder. Bajo la óptica tradicional captar el significado involucra saber cómo usar las expresiones correctamente en las situaciones tanto presentes como futuras. Esta obligación a responder de una cierta manera en vez de otras da pie a la distinción entre uso correcto e incorrecto del lenguaje.

¿Cómo responder a este reto escéptico? Kripke se decanta por una solución escéptica la cual involucra aceptar que el escéptico está en lo correcto; no obstante, la práctica lingüística cotidiana está justificada dado que no requiere que haya hechos lingüísticos que determinen el significado. Kripke elabora la respuesta escéptica a partir de una interpretación de algunos pasajes de las “Investigaciones filosóficas”. Como es bien sabido, Wittgenstein manifestó un cambio profundo en sus concepciones sobre el significado. En el “Tractatus” hay una aproximación netamente semántica a la pregunta sobre la naturaleza del significado. En ese texto, Wittgenstein defiende la tesis de que el significado de un enunciado se especifica dando sus condiciones de verdad por lo que la pregunta sobre el significado es una pregunta sobre las condiciones de satisfacción de las condiciones de verdad. En las “Investigaciones” hay un cambio de rumbo y la pragmática se torna el eje medular. Las condiciones contextuales, los propósitos lingüísticos y no lingüísticos toman un papel protagónico en este texto. Kripke detecta en este cambio un mayor interés en la dimensión normativa del significado, las preguntas pertinentes para esclarecer el significado son: “¿Bajo qué condiciones puede esta

oración ser apropiadamente aseverada (o negada)? ¿Cuál es el papel, o la utilidad, en nuestras vidas de nuestra práctica de aseverar (o negar) la construcción de palabras bajo esas condiciones?” (Kripke, 1982: 73)

Para la solución escéptica no es necesario que existan hechos sobre el significado para que éste exista, es suficiente con que la conducta lingüística se manifiesta como pertinente a la luz de las expectativas generadas comunitariamente. Es en el seno de una comunidad de hablantes que surgirán el uso sea legítimo y correcto. Un tema de transfondo en las “Investigaciones” a juicio de Kripke, es el rechazo a que exista un lenguaje privado. La línea de ataque contra esta tesis es que un lenguaje de este tipo carecería de criterios de uso correcto e incorrecto. Una premisa fundamental del argumento asevera que si el lenguaje privado existiera, todo uso de este lenguaje sería correcto puesto que el sujeto podría estipular un número irrestricto de reglas que hagan correcto cada uso particular de este lenguaje. Al cancelarse, en principio, toda posibilidad de error, se desdibuja la normatividad del lenguaje. Donde no hay error tampoco hay acierto por ser términos correlativos.

En la respuesta escéptica, Kripke invierte el orden de un enunciado condicional relativo al desempeño de un hablante al ser interrogado sobre el resultado de una suma:

1. Si un sujeto X quiere decir suma por “+”, entonces si se le pregunta “68+57” él responde “125”.
2. Si el sujeto X al preguntársele “68+57” no responde “125”, entonces él no quiso decir suma al usar “+”.

La razón de esta inversión reside efectuar un cambio de prioridad. En 1 la prioridad recae en que el sujeto tenga cierto estado mental, su intención, que justifique la respuesta que ofrece como un caso de suma. En 2, son prioritarias las condiciones de aseverabilidad, si el sujeto no expresa como resultado “125” a la pregunta, podemos o bien pensar que ha cometido un error de cálculo, y en ese caso preguntarle nuevamente, o bien pensar que él ha realizado un cálculo usando una función distinta a la de suma. Al dejar de hablar de las intenciones del hablante y decantarse por la conducta lingüística del individuo en el seno de una comunidad de hablantes es visible un sesgo externalista de corte social en la solución escéptica. Tanto la lectura de Kripke sobre Wittgenstein como el externalismo social de Burge insiste en

presentar al lenguaje y pensamiento como constituido esencialmente por una normatividad. Este rasgo es dependiente de la interacción del hablante o agente con una comunidad de hablantes. El lenguaje es visto como una actividad guiada por propósitos tanto comunicativos como de otra índole. El valor del lenguaje es en primera instancia de corte instrumental, es un medio para otros fines. Esta herramienta sirve para coordinar nuestras acciones, para lograr este objetivo general de manera eficaz, expedita y demás, la uniformidad en la acción lingüística es clave. La competencia lingüística se explica a partir de la valoración que hagan los demás miembros de la comunidad sobre la conducta lingüística del hablante. Los demás lo reconocen como un hablante competente, si dice lo que demás hablantes dirían en circunstancias parecidas. Cuando esta conducta diverge, se abre la posibilidad de que el hablante no esté siguiendo la misma regla.

En la siguiente sección presentaré críticas a las propuestas de externalismo no ortodoxo defendidas por Tyler Burge y Saul Kripke.

2.3 Críticas a las propuestas de Kripke y Burge.

2.3.1 La crítica a Kripke.

Kripke en su crítica al disposicionalismo enfatiza la carencia explicativa de esta posición cuando deja de lado el aspecto normativo de la acción guiada por la comprensión del significado. Sea como sea que el significado se termine, la naturaleza del significado marca pautas de conducta que deben de cumplirse: “La relación de significado e intención para la acción futura es *normativa*, no *descriptiva*” (Kripke, 1982: 37 énfasis en el original). A pesar de esta consciencia sobre el aspecto normativo, ¿realmente la propuesta kripkeana da cuenta de ella? A mi parecer eso no ocurre puesto que el externalismo social de Kripke cae en una objeción general que se le hace al externalismo de ser incompatible con el conocimiento de la propia mente.

Si recordamos las formulaciones clásicas del externalismo como lo son el externalismo de Putnam y el externalismo social de Burge requieren en sus experimentos mentales un cierto

grado de ignorancia por parte de los agentes. En el caso de Putnam nos insta a situar la situación hipotética en una época previa a los análisis químicos del agua. Los hablantes desconocen la estructura química del agua de sus respectivos planteas, estructura que es parte de la determinación del significado. Por su parte, el experimento mental de Burge demanda que el agente tenga cierto nivel de ignorancia sobre convenciones lingüísticas de la comunidad en la que se encuentra. Igualmente esta ignorancia parcial sobre estas convenciones presentes en el cuerpo lingüístico social es evidencia de que la determinación del significado no depende tan solo de las propiedades intrínsecas del agente. La crítica insiste en que hay dos tesis asociadas al lenguaje y al pensamiento que son incompatibles con el externalismo, estas son las tesis de la transparencia del significado y la tesis de la autoridad de la primera persona. La primera tesis afirma que uno conoce mejor que los demás el significado de nuestras propias palabras, la segunda tesis apela a la asimetría en la atribución de creencias cuando se realiza desde la óptica de la primera y la tercera persona. Se asume que la transparencia y la asimetría son tesis con fuerte respaldo intuitivo y por ello el externalista es quien tiene la carga de la prueba. Retomo esta crítica a la luz de un argumento crítico de Davidson en contra del externalismo social a la Kripke.

Reconstruyo el argumento que esgrime Davidson en contra de Kripke de la siguiente manera:

- (1) Si una persona tiene una conducta lingüística semejante a la de la comunidad ante estímulos lingüísticos y no-lingüísticos, entonces sigue la regla lingüística comunitaria.
- (2) La divergencia en la conducta da pie a la atribución de error en seguir una regla apropiada.
- (3) La normatividad del significado respecto al uso se explica no sólo apelando a una coordinación en la conducta lingüística, también requiere la comprensión de la posibilidad de error por parte del hablante.

Por tanto, la semejanza en la conducta no es suficiente para capturar la dimensión normativa del lenguaje.

La premisa 1 expresa la posición de Kripke: la similitud en la conducta es el criterio de la competencia lingüística del hablante. La premisa 2 señala qué evidencia conductual es

relevante para saber si alguien está usando bien o no, un término lingüístico. (1) y (2) plantean las dos caras de la moneda de la normatividad: uso correcto y uso incorrecto. La premisa 3 dice que no es suficiente la similitud, también se requiere una comprensión de lo que se hace si se hace bien y que haya un margen para que el sujeto se percate de sus equivocaciones.

Davidson concuerda en que la transparencia del significado y la asimetría en las atribuciones de creencia son imprescindibles en una teoría semántica. De no incorporar en nuestra teoría este elemento epistémico, no se logra distinguir a plenitud entre seguir una regla y tener una mera disposición conductual. Seguir una regla lingüística involucra ser consciente de que se hizo una acción con miras comunicativas y que este objetivo se obstaculiza cuando usamos las palabras de manera distinta a los otros hablantes. Le asigna significado a sus palabras y busca que este significado también lo detecte. Una vía para facilitar el intercambio comunicativo es que los hablantes coincidan en el uso de palabras, sin embargo, no debemos confundir una estrategia recurrente que facilita la comunicación con una estrategia única que permita la comunicación. Incluso personas que hablen lenguas distintas se pueden comunicar, de forma rudimentaria quizá, por ello, no es una condición necesaria que las personas coincidan en su conducta lingüística para que se puedan comunicar. E incluso tampoco es una condición suficiente si dejamos de lado la comprensión de la posibilidad de error. Si este elemento psicológico tornamos una acción en una disposición “ciega”.

Replanteo mi defensa de la tercera premisa a partir de dos frentes. En el primero sostengo que hay elementos psicológicos individuales que intervienen en la determinación del significado, a saber, la intención del hablante de ser interpretado de cierta manera. El segundo frente crítico que la atribución del dominio de un concepto en la propuesta de Kripke se haga exclusivamente desde una perspectiva de tercera persona. Son los otros hablantes los que evalúan el desempeño lingüístico del hablante.

De acuerdo al primer frente, si una persona X emite una oración de manera intencional, ha realizado una acción. En el caso de la conducta lingüística, la acción está motivada por un intento de comunicar y hacer público sus contenidos mentales: a fin de tener éxito en sus intenciones, el hablante trata de hacer interpretables sus preferencias de oraciones. Además, busca que su intención sea captada por sus interlocutores. Esta intención puede no

satisfacerse: esto puede deberse a que usó malos recursos lingüísticos, no ofreció pistas apropiadas al interlocutor, o no ha creado una base uniforme de uso de expresiones que facilite la interpretación de sus palabras. Esta imagen captura dos elementos presentes en la imagen kripkeana: la contribución social y la explicación del error. La diferencia entre ambas propuestas consiste en que en la imagen kripkeana, el hablante se debe conformar a las pautas que los demás hablantes establecen. En la imagen davidsoniana, es una labor conjunta la que hacen hablante e interlocutor para establecer normas a lo largo de su intercambio lingüístico. Tenemos aquí dos teorías rivales. La pregunta es ¿por qué no es suficiente una perspectiva y evaluación de tercera persona de la competencia lingüística del hablante? Para responder a esta pregunta paso al segundo frente.

En el reino animal se encuentran muchas conductas que son semejantes entre sí; los organismos tienden a imitar la conducta de sus pares de la misma especie. Eso debe tener función biológica para aumentar las posibilidades de sobrevivencia. Por ello, no cualquier conducta semejante entre individuos, indica que hay conceptos operando, ni pautas de conceptualizaciones correctas o incorrectas. Probablemente sólo sean capacidades discriminatorias que incluso son utilizadas por organismos menos complejos. La pregunta es ¿en qué momento sólo operan capacidades biológicas (discriminación, asociación de semejanzas) y en qué momento hay conceptualización? Al observar la conducta de animales no-humanos con una estructura cerebral que lleva a pensar en procesos cognitivos complejos, es común escuchar explicaciones de su conducta como si tuvieran estados mentales intencionales. No obstante, conforme se baja en el árbol biológico hacia seres menos complejos, tales como insectos, estas intuiciones pierden fuerza, hasta el punto en que a un campo de girasoles que siguen la trayectoria del sol no se considera como de seres que manejan conceptos. Lo que requiere la conceptualización es que la atribución de contenido no sea exclusivamente desde una perspectiva de tercera persona, se requiere que el propio sujeto se atribuya pensamiento. Para ello debe disponer del concepto de creencia y el de verdad objetiva.

Davidson en *Rational animals* (1982: 104) defiende la tesis de que para tener cualquier actitud proposicional, es necesario tener el concepto de creencia. Para ello echa mano del argumento de la sorpresa. Lepore & Ludwig (2005: 394-395) reconstruyen el argumento

indicando que sólo se puede tener creencias si se posee previamente el concepto de creencia. Para llegar a esa conclusión se requiere de dos premisas: la primera es que uno puede tener creencias sólo si puede ser sorprendido (que sus expectativas sobre algo no se satisfagan); la segunda es que la sorpresa requiere el concepto de creencia y esto presupone que se tienen actitudes de que un pensamiento es verdadero pero hay lugar para el error.

Ahora bien, Davidson va más allá y plantea que para poder tener el concepto de creencia se requiere tener un lenguaje: “Gran parte del punto del concepto de creencia es que este es el concepto de un estado de un organismo que puede ser verdadero o falso, correcto o incorrecto. Tener el concepto de creencia es por tanto tener el concepto de verdad objetiva” (Davidson, 1982: 104). Tener el concepto de verdad objetiva es lo mismo que tener el concepto del error: son dos caras de la misma moneda. Davidson y Kripke en su reconstrucción del problema de seguir una regla están de acuerdo en que el error sólo puede surgir en el contexto de una comunidad de hablantes. La diferencia estriba en que, al negar que hay hechos psicológicos que determinen el significado, Kripke se fija exclusivamente en la concordancia conductual entre los habitantes de una comunidad para dar cuenta de la normatividad lingüística. La concordancia conductual aún no logra discriminar entre seguir una regla y actuar conforme a la regla. La diferencia es tan sutil que corre el riesgo de colapsar. Davidson considera que tal diferencia requiere apelar a la vida psicológica de los hablantes, vida psicológica que requiere de pensamientos de segundo orden.

Hasta este momento he contrastado las posturas de Kripke y Davidson. Como balance de las posturas, coincido con Davidson sobre la necesidad de apelar a la vida psicológica del hablante para explicar la normatividad de su competencia lingüística. Con este comentario daré paso a la crítica del argumento de Burge.

2.3.2 La crítica a Burge.

Davidson (2001: 4) caracteriza la posición de Burge sobre la determinación del contenido mental en los siguientes términos: “...es la causa ‘normal’ de una creencia perceptual lo que determina el contenido de la creencia”.

Plantea Davidson dos críticas:

- i) No incorpora una explicación sobre la normatividad del lenguaje: “sin una explicación del error no hay manera de distinguir entre tener un concepto y simplemente tener una disposición.” Davidson (2001:4)
- ii) No ofrece un criterio para individuar la causa: “podría ser cualquier cosa desde la estimulación de las terminaciones nerviosas hasta el Bing bang original”. Davidson (2001:4).

Con respecto a la primera crítica, recordemos que Burge toma como premisa fundamental que las experiencias perceptuales se vinculan con entidades objetivas. Sobre eso afirma “... una obvia consecuencia es que los individuos son capaces de tener representaciones perceptuales que son representaciones equivocadas o alucinaciones” (Burge, 1986: 198). El error se asume, no se ofrece una explicación de la dimensión normativa, cuáles son los principios que regular el pensamiento o el lenguaje, qué tipo de normatividad juega si es instrumental o de otra naturaleza, si se requiere de una comunidad de individuos o hay en propiedades intrínsecas al pensamiento y al lenguaje que dotan de esta dimensión y en caso de ser así qué propiedades son. Cabe destacar que a pesar de que Burge apela a un mecanismo causal, no se compromete con un naturalismo que pretenda reducir las nociones mentalistas a explicaciones causales. Como él mismo señala: “mi perspectiva es que la psicología perceptual es *naturalista* no en el sentido de ser explicable en términos de las ciencias naturales (física, química, biología), sino en no invocar milagros en su explicación y en adherirse a una metodologías científica rigurosa” (Burge, 2014: 592). Si bien Burge no se ve comprometido con un naturalismo reduccionista, queda pendiente la explicación del error. La apuesta de Burge es situar la explicación del error en la psicología perceptual pero no forma parte sus intereses dar cuenta de nociones normativas. Aquí, hay un riesgo de caer en la falacia naturalista, esto es: concluir enunciados normativos a partir de premisas descriptivas.

En escritos posteriores Tyler Burge vislumbra que su externalismo perceptual y el social pueden trabajar de manera conjunta. La intervención de la comunidad nos podría dotar de un desarrollo sobre la normatividad asociada al pensamiento y al lenguaje. Sin embargo, a pesar

de que esa es una propuesta interesante lo necesario es ver cómo se pueden articular ambas posturas. No obstante, a pesar que se conjunten ambas propuestas recordemos que su externalismo social también se encuentra bajo asedio por presuntamente socavar la autoridad de la primera persona y de la transparencia del significado. La crítica de Davidson a Kripke, desde mi óptica, se replica en este caso.

Sobre el segundo punto, presionaré la cuestión señalando que las cadenas causales son propensas a un análisis con distintos grados de finura. Es decir, podemos describir la historia causal con mayor o menor detalle, Según el análisis, los eslabones que componen la cadena causal pueden ser más numerosos, pueden situar el inicio de la historia causal en propiedades macroscópicas o microscópicas y también pueden ser las causas distales o proximales. Cada uno de los cuatro conceptos previos nombre un conjunto de posibilidades de largo alcance. Con esas palabras englobamos un conjunto vastísimo de propiedades o relaciones elegibles para ser la causa de nuestras percepciones. Sin un criterio de individuación, la cadena causal la podemos alargar de forma irrestricta. Al decir que es la causa normal lo que determina el significado parece Burge deslizar el problema de la individuación a la psicología popular, sin embargo debemos considerar si las intuiciones presentes en la psicología popular son compartidas por los seres humanos o son más bien intuiciones diversas, además, debemos considerar si estas intuiciones son consistentes.

Por otra parte, lo que menciona en su argumento a favor del externalismo perceptual no son propiedades macroscópicas a partir de los cuales los individuos se formen una representación. En su lugar recurre a propiedades muy básicas presentes en las percepciones visuales tales como conos, bastones y líneas. Esas entidades las conocemos como parte de la percepción a partir de la investigación empírica. Aquí se requiere saber si hay alguna teoría que las articule de manera conjunta y cuáles son los criterios que surjan. Mientras no haya un esclarecimiento de la individuación de la causa, la propuesta perceptual carece de un elemento clave.

2.4 Conclusiones

En este capítulo expuse los argumentos clásicos a favor del externalismo: el argumento putnamiano de la Tierra Gemela y el argumento a favor del externalismo social de Tyler

Burge. Posteriormente expuse los versiones no ortodoxas de argumentos externalistas: el externalismo perceptual de Burge y el social derivado de la reinterpretación kripkeana del problema de seguir una regla de Wittgenstein. Posterior a ello presenté una serie de objeciones a las últimas posturas a partir de su manera de enfrentar a los problemas de la objetividad y del error. En síntesis, argumenté primordialmente que los externalismos de Kripke y Burge se enfrentan a la crítica sobre la pérdida de autoridad de la primera persona tal como las posturas ortodoxas del externalismo. La autoridad de la primera persona es importante si queremos situar una dimensión normativa robusta del significado y del lenguaje. Kripke parte de una perspectiva netamente de tercera persona que le resta un papel protagónico al propio individuo. La norma es actuar de acuerdo a los demás. Sin embargo, el lenguaje es producto de la interacción de agentes conscientes con fines comunicativos. La normatividad se construye de manera intersubjetiva y no es algo dado desde la sociedad como si la sociedad fuera de algún modo separable del individuo. La comprensión del error también ofrece el espacio para el surgimiento del concepto de objetividad. No bastan las intenciones comunicativas de corte descriptivo para hacerlo bien, también se requiere la validación y discusión con los otros miembros de la comunidad. Es en el seno de esta interacción que surge la comprensión que nuestros pensamientos y enunciados se validan a partir de las perspectivas de los demás.

En el próximo capítulo revisaré la propuesta de externalista de Davidson y su manera de lidiar con ambos problemas.

Capítulo III

El externalismo interpretativista de Donald Davidson

En los capítulos previos exploré algunas teorías sobre la individuación del contenido mental y su manera de lidiar con el problema del error y ofrecer una explicación del carácter objetivo del pensamiento. En el primer capítulo presenté el internalismo; en el segundo, expuse algunas versiones del externalismo sobre el contenido. En este capítulo, presentaré la propuesta de Donald Davidson: el externalismo interpretativista, que se apoya en el modelo de la triangulación. La triangulación es un modelo teórico que tiene como objetivo esclarecer la comprensión, los estados mentales intencionales y la acción, vistos como ejercicios de interpretación. La interpretación es abordada desde un escenario ficticio: la interpretación radical. La metodología de la interpretación radical es clave para la comprensión del proyecto davidsoniano y por ello es conveniente exponer con cierto detalle sus motivaciones y consecuencias. Previo a la exposición de la filosofía de Davidson, haré una digresión por el experimento mental de la traducción radical de Quine.

3.1 Quine

Antes de hablar sobre la traducción radical, es importante recalcar un supuesto presente en la obra de Quine sobre las entidades mentales y otras de carácter intencional. Quine consideró que la filosofía mentalista no llega demasiado lejos puesto que sus nociones (ideas, datos sensibles, contenidos mentales) son explicativamente pobres. Como alternativa al enfoque mentalista se apoyó en una vía lingüística y una perspectiva de tercera persona para el estudio de la mente. Quine aceptó que hay una relación estrecha entre pensamiento y lenguaje; su apuesta fue sacar provecho de esta conexión y tomar como prioritario al lenguaje⁸ para echar luz sobre la mente. Adicional a la adopción de esta tesis de prioridad explicativa consideró como un rasgo vital del lenguaje el ser un dispositivo social: es una habilidad aprendida en

⁸ “Creo en la afinidad de la mente y el lenguaje, pero quiero mantener la relación del lado correcto. [...] Una teoría de la mente puede ganar claridad y sustancia, creo, a partir de una mejor comprensión del desempeño del lenguaje, mientras que una pequeña comprensión del desempeño del lenguaje se espera a partir de términos mentalistas.” (Quine, 1975: 245.)

un contexto de observación e imitación de la conducta pública de los demás. “El lenguaje es un arte social. Al adquirirlo tenemos que depender necesariamente de pistas que están intersubjetivamente disponibles y estas indican qué decir y cuándo decirlo. Por tanto, para cotejar los significados lingüísticos, no hay justificación para no hacerlo en términos de las disposiciones de un hombre para responder abiertamente a estímulos socialmente observables.” (Quine, 1960: 2)

El carácter conductual del lenguaje no sólo permite dar una explicación sobre la adquisición de la lengua materna, va más allá al ofrecernos un esclarecimiento de la competencia lingüística y de la actividad mental asociada a la comunicación desde un enfoque de tercera persona. Otro aspecto que deseo retomar es cómo el filósofo de Akron enfatiza vehementemente que el lenguaje es una actividad social. Por vías distintas, Quine y el segundo Wittgenstein destacan que el lenguaje es una actividad que no podría surgir de un ente aislado y por ello el aspecto social no es meramente contingente sino que es una parte vital del aprendizaje del lenguaje y la eventual competencia lingüística.

Ahora bien, la motivación primordial del experimento mental de la traducción radical es descubrir cuál es el contenido empírico presente en el lenguaje. Esta pregunta es fundamental para Quine dados sus fuertes compromisos empiristas. Retomo este experimento mental no porque forme parte de esta investigación esta pregunta de corte epistemológico sino para que sirva de plataforma de lanzamiento del experimento de la interpretación radical Davidson. Para fines expositivos expondré la traducción radical destacando algunos supuestos y la metodología del experimento a fin de crear un contraste con los supuestos y metodología de la interpretación radical.

3.1.1 La traducción radical.

Al inicio del célebre segundo capítulo de “Word and object” (1960) Quine afirma que la tesis a defender en ese apartado es el siguiente: “...dos hombres pueden ser idénticos en todas sus disposiciones respecto del comportamiento verbal bajo toda posible estimulación sensible, y sin embargo, los significados o ideas expresadas en sus preferencias idénticamente motivadas y enunciadas podrían divergir radicalmente, para los dos hombres, en un amplio rango de

casos.” (Quine, 1960: 26). Para ilustrar esta tesis el filósofo de Akron recurre a un experimento mental llamado traducción radical.

En “Word and object” el autor emprendió un estudio filosófico sobre la semántica del lenguaje desde un punto de vista empirista científicamente respetable. La traducción radical es un escenario ficticio que involucra la labor de lingüistas de campo. Los lingüistas normalmente trabajan observando y registrando la conducta de los hablantes: para ello recurren a hablantes bilingües, manuales previos de traducción, similitudes entre la lengua estudiada y otras conocidas. La traducción radical es un escenario inusual. En este escenario imaginario los lingüistas carecen de apoyos tales como hablantes bilingües, manuales previos y similitudes entre los lenguajes. La única evidencia disponible es la conducta manifestada por los hablantes nativos en cierto contexto. En concreto, el experimento nos pide imaginar a dos lingüistas de campo trabajando de manera separada quienes llegan a una comunidad desconocida: sus hablantes se comunican por medio de un lenguaje que no guarda parecido alguno con otros lenguajes y no hay hasta ese día ningún contacto con hablantes de otra lengua.

Quine enfatiza que en un escenario como este la puerta de entrada para la comunicación es muy semejante a las etapas del aprendizaje de la lengua materna. Uno podría suponer que es necesario iniciar con definiciones ostensivas para tener pistas confiables sobre qué significan las palabras a partir de su conexión con los objetos. Quine detecta en esta suposición un problema. Saber que una preferencia lingüística es una palabra involucra contar ya con una cantidad considerable de conocimiento sobre ese lenguaje. Por ejemplo, necesitamos distinguir si es un término singular o general. Para tener clara esa diferencia, requerimos contar con un conocimiento sobre cómo categorizan ontológicamente en esa comunidad. Si bien nuestra impresión inicial es que su ontología debe ser igual a la nuestra, esa es una tesis controversial. Pensemos en las comunidades quienes tienen una cosmovisión distinta a la de las culturas occidentales y como esta diferencia sí impacta en su forma de categorizar. La manera de comprender su lenguaje de manera plena es no presuponer la ontología. Sin embargo, para detectar y conocer su ontología requerimos saber cuál es el aparato individuatorio presente en ese lenguaje. Empero, los términos que cumplen esa función no refiere a cosas en el mundo, son expresiones de corte lógico que sólo pueden ser conocidas

en una etapa avanzada de la traducción. En la etapa inicial del lenguaje desconocido no contamos con esos criterios por no ser diáfanos ni detectables en la etapa inicial de esta labor.

Ante esta serie de dificultades Quine plantea que una mejor puerta de entrada al lenguaje desconocido se logra si los lingüistas crean las condiciones apropiadas para que su labor inicie con oraciones holofrásticas, oraciones compuestas por una palabra. Para estas oraciones no es necesario contar con un pleno conocimiento de la ontología de la comunidad visitada. Tampoco debemos contar con criterios sobre cómo aplicar correctamente las palabras del lenguaje bajo estudio. Ante esta carencia de criterios normativos de uso correcto e incorrecto de palabras se recurre a la verdad como un criterio que ayude a discriminar las buenas traducciones de las malas. Para adecuar el concepto de verdad en la aproximación conductista quineana, se toman las conductas de asentimiento y disentimiento como guía en esta etapa⁹. Otra ventaja teórica de recurrir al concepto de verdad reside en brindar la base de investigación del significado de un enunciado si identificamos su significado con sus condiciones de verdad, en tanto al enunciar las condiciones de verdad se esclarece qué es lo que entendemos cuando comprendemos un enunciado.

Quine ofrece un célebre ejemplo para ilustrar cómo opera este escenario. Supongamos que los lingüistas han identificado una regularidad en la conducta de los nativos. Cada vez que hay indicios de un conejo en las inmediaciones, los nativos dirigen su atención hacia la ubicación del indicio y emiten la oración holofrástica “Gavagai”. Como hipótesis de trabajo, los lingüistas aventuran traducciones del tipo “¡Mira, un conejo!” o “¡He ahí un conejo!” u oraciones en el mismo sentido. La hipótesis es puesta a prueba hasta corroborarla. Recalco que en la interacción comunicativa en este momento del experimento involucra tres elementos imprescindibles: el lingüista, el nativo y el conejo. Lo relevante para el contenido

⁹ El uso del asentimiento y del disentimiento en este ejercicio de traducción radical se ilumina a la luz de lo expresado en un artículo posterior, “Mind and verbal dispositions”, en donde el autor afirma que seguirá la estrategia de dividir y definir. Esta estrategia consiste en tomar una parte del lenguaje que se pueda tratar a la luz de ciertas restricciones teóricas y esperar que los resultados emanados puedan extrapolarse a los otros usos del lenguaje. La investigación iniciará con las oraciones descriptivas esperando que los significados descubiertos se extrapolen a otros usos no descriptivos del lenguaje. La base de investigación, las oraciones declarativas, son excelentes vehículos para la traducción al emparejar las conductas del lingüista y de los nativos a la luz de si asienten o disienten ante los mismos estímulos.

empírico es la presencia del conejo y que tanto lingüista como nativo reaccionan tanto a los estímulos producidos por la presencia del conejo como también los estímulos lingüísticos provocados por ellos mismos.

A pesar de pretender un estudio sobre el lenguaje que responda a su carácter social, los intereses empiristas de Quine le hicieron buscar un sustituto adecuado de las nociones empiristas de *sense data* que sea propenso a un estudio de la ciencia natural. Esta noción es lo que denominó “significado estímulo”. El significado estímulo consiste en las irritaciones de las terminaciones nerviosas que se producen durante el proceso de percepción. Quine dice que lo que activa y produce como resultado el asentimiento ante la pregunta “¿Gavagai?” son estas irritaciones de las terminaciones nerviosas¹⁰. Motivado por ofrecer un sustituto científicamente respetable de los *sense data* partió de un enfoque proximal para individuar el significado empírico de ciertas oraciones. Quine mismo planteó que se podía establecer la activación de la masa encefálica como lo que determina el contenido de la percepción, sin embargo, a pesar de que el nivel neurofisiológico es el nivel más profundo y el que mejor se amolda a los intereses quineanos, es irreconciliable con el aspecto público del lenguaje. Su opción de que sean las terminaciones nerviosas pretende hacer justicia a ese rasgo social.

Quine señala que la manera en cómo el contenido empírico está presente en el lenguaje es gradual: hay oraciones que están más determinadas por las conexiones causales como aquellas involucradas en las primeras etapas del aprendizaje de la lengua materna o en la empresa de la traducción radical. Pero también hay otras oraciones cuyo contenido empírico se atenúa en función de su ubicación en el cuerpo global de esa lengua. De hecho, las oraciones con el mayor contenido empírico son una minoría con respecto a la totalidad de la lengua.

Como en toda lengua, no sólo se constituye con oraciones simples sino que también cuenta con las herramientas para construir oraciones más complejas, ya sean por unir dos o más

¹⁰ Quine ve la tensión entre su tesis de que el lenguaje es un dispositivo social y su tesis sobre el carácter personal del significado estímulo —que si bien es científicamente accesible, no es públicamente accesible—y su propuesta es que la orientación con respecto al objeto en el entorno que cause la irritación de las terminaciones por parte de los interlocutores ofrecen pistas confiables sobre la presunta activación de las terminaciones nerviosas de los interlocutores, terminaciones nerviosas que se asumen como lo suficientemente parecidas para poder hablar de que los individuos hablan de la misma cosa.

oraciones o usar otros mecanismos como la subordinación. Par los lingüistas es menester identificar el mecanismo que permite la construcción de expresiones complejas. Como hipótesis de trabajo, nuestros lingüistas con un fuerte espíritu lógico, consideran las herramientas de la lógica proposicional, en particular, las conectivas lógicas, como el mecanismo de construcción de expresiones complejas. Las conectivas son definibles en términos veritativo-funcionales¹¹ lo cual es ajusta al tratamiento conductual de la verdad en términos de asentimiento o disentimiento.

Al atribuir a los nativos un dominio, ya sea explícito o implícito, de la lógica proposicional, los lingüistas atribuyen a sus individuos de estudio el cumplimiento de normas racionales. La atribución de racionalidad no se restringe a la semejanza conductual. En caso de que el hablante viole aparentemente estos principios el lingüista reinterpreta este desliz de manera *caritativa* a fin que no haya una violación a estos. En nuestra interacción comunicativa cotidiana hacemos uso del principio de caridad cuando las personas aparentemente se contradicen o usan dobles negaciones innecesarias. La reinterpretación ajusta la lectura del comportamiento para que siga siendo su actuar racional, las reglas en racionalidad no son dadas desde una disciplina como la lógica sino que se establece en la misma situación entre los hablantes. Esta presuposición de racionalidad es denominada el *principio de caridad* sobre la cual nos dice Quine:

“La máxima de traducción que subyace a todo esto es que aseveraciones que inicialmente parecen falsas son probablemente dependientes de ocultas diferencias de lenguaje. Esta máxima es lo suficientemente fuerte en nosotros para apartarnos incluso del método homofónico que es tan fundamental a la misma adquisición y uso de la lengua materna. [...] El sentido común detrás de esta máxima es que la estupidez del interlocutor, más allá de cierto punto, es menos probable que una mala traducción –o, en el caso doméstico, una divergencia lingüística.” (Quine, 1960: 59-60) Es destacable que Quine mencione que la

¹¹ Los lingüistas identifican oraciones simples y después identifican preposiciones que jueguen el papel de conectivos lógicos estándar. Si al crear una oración compleja y el nativo a ella sólo si asiente en caso de que cada oración simple también reciba asentimiento individual ya tiene una razón para creer que esa preposición es equiparable a nuestra conjunción. Si al agregar una preposición a una oración simple conseguimos que se intercambie los patrones de asentimiento y disentimiento hemos conseguido las bases para creer que esa preposición es una negación. El procedimiento es similar para las demás conectivas.

divergencia en la conducta es una señal clara de error, sin embargo no es determinante. Al usar el principio de caridad se abre la posibilidad de aceptar comportamientos divergentes y que no sean manifestaciones de error.

En esta sección se han omitido tesis y argumentos centrales de la filosofía de Quine en torno a la traducción radical puesto que sólo deseo rescatar nociones como un escenario semejante. Lo que rescato de la traducción radical es la consideración de un entorno de comunicación en el que la única evidencia disponible es la conducta de los hablantes y el entorno en el que se encuentran. Otro aspecto que rescato es que las atribuciones de racionalidad en un se dan en el marco del principio de caridad el cual demanda reinterpretaciones de la conducta a fin de preservar racionalidad. En la siguiente sección rescataré estos elementos y los desarrollaré a la luz de la interpretación radical.

3.2 DONALD DAVIDSON.

3.2.1 Donald Davidson y su teoría del significado.

Dentro de la tradición semántica la figura de Donald Davidson juega un papel importante que es acorde a sus contribuciones en el área. Donald Davidson es un filósofo quien de manera plena elaboró una teoría del significado apelando a la noción de condiciones de verdad. Si bien es cierto que en otros filósofos previos a Davidson, tales como Carnap, el primer Wittgenstein, en algunos pasajes el propio Quine, podemos detectar los cimientos de una teoría del significado siguiendo la línea de condiciones de verdad, es en Davidson quien encontramos una formulación explícita.

Para el desarrollo de su teoría, Davidson tomó la definición extensional de Tarski del concepto de verdad y usando un aparato lógico similar al utilizado por el célebre lógico. Como se puede recordar, la definición de Tarski consiste en una teoría axiomática en el seno de las herramientas de la lógica de predicados, los axiomas de esta teoría son expresiones del lenguaje objeto (LO) al que se le asignan condiciones de satisfacción. A través de herramientas de la lógica se crean oraciones del LO tanto simples como complejas. Las herramientas lógicas en conjunción con los axiomas nos permiten derivar todas las oraciones

del LO. A cada oración del LO se le atribuye el predicado de ser verdadera. Además, cada oración del LO a la que se le atribuye la propiedad de ser verdadera, se le empareja con una oración del metalenguaje (ML) que además de traducirla describe cuál es el estado del mundo que hace verdadera a esa oración. Un ejemplo de un teorema de esta teoría es el clásico bicondicional:

“La nieve es blanca” es verdadero si y sólo si la nieve es blanca.

Del lado izquierdo del bicondicional se encuentra la oración del LO entrecomillada, el entrecomillado indica que está siendo mencionada. A este objeto lingüístico se le atribuye la propiedad de ser verdadero. Del lado derecho del bicondicional se encuentra la traducción en el ML de la oración del LO. Además de traducirla, la oración de la derecha al estar en uso nos dice cuál es el estado del mundo que hace verdadera a la oración entrecomillada.

Davidson encontró en esta teoría consecuencias de alcance profundo para la semántica filosófica. Las oraciones del lado derecho de los bicondicionales tarskianos son interpretables como una enunciación de las condiciones de verdad de cada oración que está siendo mencionada en el lado izquierdo del bicondicional. Si usamos una estructura lógica similar, se abre la posibilidad de construir no sólo una definición extensional de la verdad sino también una teoría del significado relativizada a ese lenguaje. Previo a la elaboración de dicha teoría, se requiere tomar en cuenta algunas restricciones que la guíen. Las restricciones plantean los objetivos de la teoría así como criterios para evaluarla. Davidson considera como una restricción razonable la siguiente: la teoría debe asumir que el lenguaje es composicional, es decir, el significado de la oración depende de sus partes constituyentes. Esta restricción hace que la teoría sea propensa a explicar dos fenómenos: el aprendizaje y la productividad del lenguaje, —cómo es que los lenguajes naturales son aprendidos y comprensibles por seres con capacidades finitas (Davidson, 1964, 1967), así como, la capacidad de poder construir un número potencialmente infinito de oraciones novedosas (Davidson, 1967). La propuesta es tomar como unidades básicas a las oraciones. Estas, aunque básicas, tienen una estructura determinable a través de un análisis lógico cuantificacional, que involucra tanto conectivas lógicas, como variables de individuos, constantes individuales, predicados de aridad n , el signo de identidad y los operadores de cuantificación estándar. Al realizar el análisis, se

observa cómo las partes de la oración contribuyen a su significado. Por otra parte, dado que la teoría cuantificacional se define recursivamente, se puede modelar el carácter composicional y la productividad del lenguaje.

La teoría del significado de Davidson se componen de axiomas de referencia para términos singulares primitivos y con ayuda de leyes de formación se podrán crear expresiones más complejas. El concepto primario para dar contenido al predicado ser verdadero es el concepto de satisfacción. Una vez establecidos los axiomas, se crean reglas de formación para enunciados simples y compuestos. Dichas reglas son las habituales en una definición de un sistema de lógica cuantificacional. Si todo sale bien, la teoría debería producir oraciones del siguiente tipo:

TD: “La nieve es blanca” es verdadera si y sólo si la nieve es blanca.

TD es un enunciado bicondicional que enlaza a un enunciado cuyo sujeto es una oración del español de la cual se predica verdad con otro enunciado que especifica cuáles son las condiciones de verdad del enunciado entrecomillado. La teoría del significado será adecuada si logra diseñar un mecanismo que sea capaz de producir un esquema así para cada una de las posibles oraciones del lenguaje objeto.

De la sección precedente, deseo rescatar los siguientes puntos de cara a la exposición del externalismo davidsoniano. La teoría del significado davidsoniana es una opción alternativa a los enfoques que reifican a los significados. Podemos tratar a la noción del significado bajo los alcances de una teoría extensional como lo es la teoría tarskiana y evitar el enfoque intencional del significado. Esta política conceptual es compartida por Quine y Davidson quienes consideran que no hay avances explicativos al postular significados para dar cuenta de la comunicación exitosa. Ambos filósofos argumentan que para explicar la comunicación no es necesaria una concepción del significado que demande entidades compartidas, basta la semejanza en la conducta y en el significado que cada hablante atribuye a sus propias palabras y la de los demás para la comunicación. Es suficiente que los idiolectos de los hablantes se asemejen, aunque no necesariamente deben ser idénticos. La semejanza entre idiolectos se logra a partir de que nuestro aprendizaje es inevitablemente realizado en un contexto social que impulsa a la uniformidad y también por una tendencia innata del ser humano a imitar a

sus semejantes. También rescato de la exposición previa el lugar vital que desempeña la verdad en la teoría del significado de Davidson, importancia que también se manifiesta en otras áreas como es el caso de la metodología de la interpretación radical.

3.2.2 Comprensión lingüística y significado: la metodología de la interpretación radical

En “Radical interpretation” (Davidson 1973), el autor pretendió esclarecer nuestra comprensión lingüística en un escenario de interpretación radical. Un escenario de interpretación radical es semejante al escenario de la traducción radical aunque los objetivos son distintos. En la traducción, se busca un emparejamiento entre expresiones de dos idiomas distintos, es una teoría del significado basada en la relación de sinonimia. En la interpretación, se busca la información necesaria para comprender el lenguaje de otra persona: hay un sesgo epistemológico en el estudio de la comprensión lingüística. En la traducción se puede hacer manuales que emparejen dos idiomas, sin que ninguno sea conocido por el estudioso de ese manual. Por ejemplo, yo no sé ni Chino ni japonés, pero puedo tener en mis manos un diccionario chino-japonés y esto satisface ese modelo. Pero si me interesa interpretar el japonés, necesito información que pueda volverme capaz de entender las expresiones del japonés. En la traducción radical, se enfatiza la conducta lingüística; no se presupone los estados mentales que la acompañan, debido al rechazo al vocabulario mentalista por parte de Quine. Sin embargo, la interpretación radical parte de la idea de que requerimos atribuir estados mentales a los hablantes para hacer significativas sus palabras. Comunicarse es un actuar guiado por propósitos y captar el significado de las palabras requiere captar cuáles son estos propósitos.

Se podría sugerir que para explicar la comunicación y la comprensión lingüística no se requiere un escenario ficticio como la interpretación radical. Sobre todo si se menciona que es necesario atribuir a los hablantes estados mentales. ¿Por qué no simplemente decir que los significados de las palabras y enunciados se identifican con aquello que los hablantes pretenden comunicar o con el contenido de sus estados mentales? Ante esta sugerencia recordemos la estrecha conexión entre el contenido de los estados mentales intencionales y el significado de enunciados. Ambos aspectos comparten propiedades semánticas e

intencionales. El ser evaluables como verdaderos o falsos, el ser acerca de algo, el poder esclarecerse tanto el contenido mental como el significado oracional en términos de condiciones de verdad, manifiestan que son dos caras de la misma moneda. Recordemos que gracias a la estrecha conexión entre pensamiento y lenguaje, las consecuencias externalistas con respecto al significado se ampliaron también al ámbito de la filosofía sobre el contenido mental. Por estas razones, para no caer en un círculo vicioso en donde se presuponga aquello que se pretende explicar, se requiere no aludir tanto al contenido mental específico ni al significado.

En el escenario de interpretación radical no se dispone de antemano de información previa sobre el significado de las oraciones ni de los estados mentales de los involucrados. ¿Cómo podría surgir la comunicación en un escenario así? ¿Qué pistas y presuposiciones se necesita para lograr la comunicación en un escenario semejante? Como muchos otros autores, Davidson considera que las nociones intencionales —significado, actitudes proposicionales, acción— conforman un círculo cerrado en donde podemos esclarecer cada uno de estos elementos en términos de otros sin que haya reducción teórica. Los naturalistas reduccionistas pretenden romper dichas correlaciones buscando un fundamento no-intencional del lenguaje, la mente y la acción. Davidson, quien es un no reduccionista teórico, acepta que la comprensión de estos fenómenos se apoyará en términos intencionales. Sin embargo, el intérprete radical no debe partir de un conocimiento previo sobre las actitudes proposicionales o del significado de las oraciones de sus interlocutores.

La postura davidsoniana crea una tensión, ¿cómo se puede hacer una investigación que use terminología intencional y no otorgue significado ni contenido a los inmiscuidos en un ejercicio de interpretación radical? La disolución de la tensión se logra partiendo del análisis tripartita de las actitudes proposicionales. En este análisis hay dos elementos psicológicos en juego: el contenido mental y la actitud psicológica. La ignorancia en la interpretación radical se restringe al contenido mental, no obstante sí podemos hacer uso de las actitudes psicológicas, una en particular, que es la actitud de creer algo. Aunque la actitud de creer sea una noción psicológica no agrega contenido definitorio ni al significado ni al contenido. La razón de usar esta actitud es por su estrecha conexión con la verdad puesto que si alguien cree algo, cree que lo que cree es verdadero. Davidson retoma el aspecto conductual de la

verdad usado por Quine en términos de asentimiento y el disentimiento aunque le otorga un matiz mentalista.

El experimento mental de la interpretación radical parte de dos individuos quienes desean comunicarse entre sí aunque no saben nada sobre los estados mentales de su interlocutor ni saben cosa alguna sobre el significado de las palabras del otro. Como en la traducción radical, aspectos del entorno juegan un papel vital para el éxito de su propósito. Al igual que en la traducción radical. Los hablantes empiezan a hablar y guían la atención de su interlocutor hacia aspectos sobresalientes del entorno. Los hablantes, así pues, están pendientes de las reacciones de sus interlocutores a la vista de tanto estímulos lingüísticos como no lingüísticos. Davidson señala que en la traducción radical se haya presente a plenitud una triangulación. Cada hablante es un vértice de un triángulo comunicativo que se complementa con aspectos del entorno que son accesibles a ambos interlocutores. Lo que mantiene unidos estos vértices son los estímulos tanto lingüísticos como no lingüísticos, estímulos captados perceptualmente por los hablantes.

Es de vital importancia en las etapas iniciales de la traducción/interpretación radical que las oraciones de los hablantes se conecten a objetos, situaciones, hechos, presentes a los participantes. El hablante a través de ademanes, gestos, señalamientos, dirige su atención a un punto determinado y busca que su interlocutor también dirija ahí su atención. Retomemos el ejemplo clásico de Quine sobre los conejos y la oración *Gavagai*. Uno de los hablantes se ha percatado que cuando un conejo pasa por las cercanías el otro dirige su atención, señala la ubicación del conejo y dice *Gavagai*. Si el conejo se mueve su atención acompaña sus movimientos y no deja de repetir *Gavagai*. El oyente muy probablemente infiera que la causa de las emisiones del hablante fue la presencia del conejo y que sus palabras quieren decir justamente eso: conejo.

Tanto para Quine como Davidson la percepción juega un papel imprescindible en su experimento mental. No obstante hay una divergencia sobre cuál es la causa que provoca estas emisiones lingüísticas. Para Davidson, el foco de atención es un estímulo públicamente accesible a los participantes. El estímulo se ubica donde convergen las percepciones de los interlocutores. Por su parte, Quine asevera que la causa de la conducta son las estimulaciones

de las terminaciones nerviosas de los interlocutores¹². El enfoque de Quine adolece de dos cosas: el significado se torna subjetivista dado que ningún individuo comparte las terminaciones nerviosas con otra persona. Además, la irritación de las terminaciones nerviosas es un proceso inconsciente al sujeto que las experimenta y a su interlocutor. La información desprendida de esta estimulación no es accesible al pensamiento del propio individuo y es totalmente desconocido, en el sentido mínimo de aunque sea ser consciente de que hubo una estimulación. Davidson, por su lado, al preferir que las causas sean estímulos distales, le otorga un carácter intersubjetivo a su noción de significado en primera por indicar que lo que dota de significado a una oración holofrástica o palabra es una entidad públicamente accesible y en segunda porque la individuación del objeto de la percepción requiere en un entorno social.

Al igual que Quine, Davidson hace uso de la lógica como una herramienta que posibilita la capacidad de crear expresiones complejas a partir de expresiones simples. En el caso de Quine quien restringe el modelo lógico al de la lógica proposicional, Davidson necesita un aparato con mayor alcance analítico. La meta de la interpretación es más demandante y se requiere tener conocimiento de la estructura semántica de las oraciones y su contenido. La lógica de predicados con su poder de analizar lógicamente también la estructura y componentes de los enunciados es la herramienta preferida por Davidson. Como Quine, también Davidson piensa que la semejanza en la conducta lingüística no es la forma de determinar si los hablantes han captado los mismos significados. Es aceptable la divergencia conductual sin que eso signifique divergencia en el significado. El principio de caridad es utilizado a lo largo de todo el proceso de interpretación radical en virtud de dar estándares de racionalidad que contribuyan a ubicar mejor los mensajes transmitidos por los hablantes.

¹² En el Quine de “Word and object” hay una tensión entre su acercamiento empirista del significado y su énfasis en el carácter social del significado. Si retomamos los pasajes en los que Quine identifica el significado empírico con las estimulaciones nerviosas entonces no hay una triangulación entre el entorno y los dos hablantes. Sin embargo, si retomamos los pasajes en los que enfatiza que el significado sólo puede ser aprendido en un entorno de objetos públicamente accesibles, encontramos el germen de la idea de triangulación que será explotada profusamente por Davidson.

En la siguiente sección expondré cómo la metodología interpretativa da origen a una versión sui-géneris de externalismo. Al estar ligado estrechamente al modelo intepretativista, lo llamaré justamente externalismo interpretativista.

3.3 Externalismo interpretativista.

El externalismo parte de la idea de que la determinación del contenido mental y el significado dependen del entorno. Los argumentos clásicos a favor del externalismo enfatizan que la estructura profunda de la realidad es la que determina la extensión de los términos de clase natural. Otra vertiente clásica del externalismo destaca la contribución social del uso del lenguaje y su influencia sobre el pensamiento de los hablantes. Las convenciones lingüísticas son las que determinan el significado y establecen la corrección o incorrección del uso de las palabras. Las posturas no ortodoxas de Burge y Kripke enfatizan que la percepción también forman parte de la determinación del significado y que la normatividad asociada al significado sólo puede surgir en un entorno social.

El argumento externalista davidsoniano es un externalismo muy ambicioso puesto que incorpora tanto la contribución del mundo natural como del mundo social de forma armónica, conectados de manera indisoluble desde su origen. Además, es su propuesta le da a la normatividad asociada al lenguaje y pensamiento un lugar primigenio que no perderá. En algunos de sus escritos tanto tempranos como de etapas de consolidación filosófica (Davidson, 1965, 1973, 1982, 1997), especula que la adquisición de la lengua materna es un escenario en el que se guardan ciertas semejanzas con el escenario de la interpretación radical. Si bien es cierto que el infante aún no cuenta con un lenguaje y por ello es incapaz de comunicarse lingüísticamente, los instructores generalmente conectan el uso de las palabras a objetos que sobresalen del entorno.

Ilustremos el punto. Un padre muestra a su hijo pequeño el oso de felpa y dice reiteradamente “Oso” para instruir al infante a relacionar ese sonido con ciertos objetos. Esta situación ordinaria es un caso de triangulación. El padre anima al infante a que dirija su atención a un objeto sobresaliente. Quizás moverá al oso de felpa, lo esconderá y posteriormente lo muestre al niño mientras repite la palabra “oso” a fin de dirigir la atención del niño al objeto. El objeto sobresaliente es aquel en donde convergen las miradas, en el caso de la percepción visual,

del infante y su padre. Ahí se encuentra claramente una conexión perceptual entre el oso de felpa, el niño y un estímulo lingüístico. La triangulación como la desarrolla Davidson plantea para individuar la causa del estímulo es necesario un entorno social. El infante por sí sólo no podría individuar la causa del mismo modo que un par de hablantes de lenguas totalmente diferentes no podrían crear la asociación palabra-objeto de forma independiente. La conexión entre objetos y palabras requieren una comunidad lingüística que avale dicha conexión. La contribución social no se limita a ayudar a la individuación de la causa que determina el significado bajo este enfoque, la contribución social también incluye amoldar la conducta del infante a partir de ciertas reglas, reglas comunicativas presentes en la comunidad. El padre como representante de la comunidad lo instruye para que el niño amolde su conducta y se asemeje a la de los otros integrantes de la comunidad.

La historia hasta aquí parece cumplir con características propias del externalismo: el contenido semántico depende de causas externas (objetos que pueden ser captados en el entorno por individuos distintos) y de las convenciones sociales que rigen la comunicación. Todo ello se amolda adecuadamente a los enfoques externalistas que parten de la perspectiva de la tercera persona. Davidson cree que se requiere más que la perspectiva de tercera persona. El problema del enfoque de tercera persona es que si bien rescata el carácter objetivo del pensamiento y el lenguaje al vincularlo estrechamente con el mundo, le resta autoridad al individuo con respecto al significado de sus propias palabras así como de sus propios contenidos mentales. Además, como se vio en el segundo capítulo, las propuestas clásicas de externalismo o bien ni consideran la dimensión normativa del significado y del contenido o bien su tratamiento es débil. A juicio de Davidson, Kripke no enfatiza lo suficiente en su exégesis acerca de Wittgenstein sobre el horizonte normativo del lenguaje.

Para Davidson, se requiere también que haya una conciencia por parte del propio individuo de la diferencia entre acierto y error, lo cual presupone la idea de verdad objetiva. El individuo debe tener pensamientos de segundo orden donde se cuestione a sí mismo si lo que dice es correcto o no, verdadero o falso. Es muy sugerente la postura davidsoniana al confluir dos vertientes externalistas que habitualmente están separadas (el externalismo físico/perceptual y el externalismo social) y también porque su formulación demanda que sea

compatible con la autoridad de la primera persona, no como un agregado sino como parte central de esta concepción.

Anteriormente, en la crítica a Kripke mencioné el argumento de la sorpresa presente en “Rational animals”. En un artículo titulado “The second person” (Davidson, 1992), ofrece una versión del argumento de la sorpresa en donde defiende que para tener actitudes proposicionales requerimos de pensamiento de segundo orden. Estos pensamientos de segundo orden surgen a la luz de nuestra interacción social. El argumento es abductivo; su conclusión es que tenemos creencias y sus premisas mencionan lo que se requiere para tenerlas:

(C) Tenemos creencias.

(P1) Para tener una creencia se necesita el concepto de creencia.

(P2) Para tener el concepto de creencia se requiere la noción de verdad objetiva.

(P3) Para tener el concepto de verdad objetiva se requiere la interacción con otro individuo.

Davidson lo ilustra con el siguiente ejemplo. Piénsese en un individuo quien tiene la creencia de que tiene \$50 en su bolsillo. Mete la mano en el bolsillo y sólo tiene \$30. En ese momento se sorprende y modifica su creencia original. ¿Qué causó la sorpresa? Lo que causó la sorpresa fue su expectativa frustrada, pensaba que el mundo era de cierto modo y eso no fue el caso. Para tener esta capacidad se necesita saber que la creencia es falsa, es decir, tener una creencia sobre otra creencia. La de segundo orden también es una creencia porque es posible que un billete de \$20 se haya atorado y resulta que la creencia original es verdadera. Para tener esa creencia de segundo orden se requiere tener el concepto de creencia. Una creencia es un estado mental que se dirige a la verdad; es un estado no fáctico: del hecho que alguien crea que P, no se sigue que sea el caso que P. En contraste con la creencia, el estado mental de conocimiento es fáctico: si alguien sabe que P, entonces es el caso que P.

Este ejemplo muestra la razonabilidad de las primeras premisas. Normalmente no somos conscientes de nuestros pensamientos de segundo orden hasta que algo inesperado ocurre. Al ocurrir algo que causa sorpresa tomamos consciencia de los pensamientos de segundo orden

que ocurren cotidianamente. Los eventos inesperados hacen visible al propio individuo que es falible, que sus creencias no necesariamente son el caso. Hay una brecha entre lo que pensamos y cómo es el mundo, es decir, la sorpresa pone en relieve que un componente presupuesto es la idea de un mundo objetivo.

Según la tercera premisa también es necesario un componente social que dé sentido a la noción de verdad objetiva. Kripke enfatizó que en la interacción lingüística surge el concepto de error y con ello la noción de verdad objetiva. Davidson está de acuerdo parcialmente con Kripke pero hay una diferencia importante. Kripke al enfatizar que no hay hechos psicológicos del hablante que determinen cuál es el significado de sus palabras, vierte la atención sólo al aspecto conductual y social del significado. La normatividad, en mi lectura de Kripke, está presente en el cuerpo social y se impone sobre la conducta de cada integrante. Davidson por su parte plantea que la normatividad es una creación intersubjetiva. Si recordamos el escenario de la interpretación radical, el principio de caridad es utilizado desde el mismo inicio del ejercicio. Al ser hablantes de comunidades distintas no existen reglas compartidas a las que atenerse. En ese escenario ellos mismos deben crear estas reglas. Nuestro ajuste a las convenciones lingüísticas que rigen en nuestras comunidades nos hace pensar que estas reglas existen independientemente de los individuos cuando más bien son un medio para optimizar lo mejor posible la comunicación entre los integrantes de la comunidad.

Me parece muy pertinente concluir esta sección sobre el externalismo interpretativista acentuando que la normatividad en este enfoque es intersubjetivo porque crea las condiciones para exponer cómo Davidson responde a los problemas del error y la objetividad.

3.3.1 Davidson y su respuesta al problema del error y de la objetividad.

Los problemas del error y de la objetividad del pensamiento han creado críticas agudas tanto para internalistas como Fodor así como para externalistas como Putnam, Burge o Kripke. Para los internalistas un problema clave es cómo explicar que el pensamiento y lenguaje se dirigen a un mundo extralingüístico. Para proyectos naturalistas como el del propio Fodor o

los externalismos perceptual de Burge o de clases naturales de Putnam, no se atiende al problema de la normatividad y términos asociados a estos como lo son el de error y acierto. Las propuestas de externalismo social recuperan esta dimensión normativa pero desgraciadamente enfatizan sólo en la semejanza conductual en menoscabo de la capacidad de reconocer el error por parte del propio agente. La propuesta de Davidson resuelve estos problemas incorporando elementos centrales del externalismo social y perceptual de tal modo que no sólo sean compatibles estos enfoques entre sí sino también volviendo compatible su externalismo con la autoridad de la primera persona.

Como se mencionó previamente, la interacción con otros individuos sirve como medio para calibrar nuestros propios pensamientos y comprobar si son o no acordes al mundo. La uniformidad de respuestas es un buen indicio de que alguien domina un concepto si se ajusta sus respuestas a lo que harían los que ya dominan el concepto, pero no es suficiente. No es suficiente porque la uniformidad de respuestas puede ser resultado de la casualidad. Imaginemos una persona que aún no domina la operación raíz cuadrada pero que casualmente tanto sus procedimientos como sus resultados son correctos. El ejemplo wittgensteiniano de la operación suma establece un escenario de esa índole: no es suficiente que nuestras acciones pasadas hayan parecido que seguían una regla si la conducta futura muestra divergencias sistemáticas. Podemos citar más casos en donde hay una uniformidad en la conducta pero es claro que no hay conceptos ni de primer ni de segundo orden operando: los girasoles siguen el curso del sol y no por ello tienen un concepto de sol. Los animales siguen conductas semejantes y no hay necesidad de atribuirles pensamientos estructurados conceptualmente para explicar su conducta. Un autómatata puede ejecutar funciones como lo haría un humano sin que cuente con conceptos.

Para dar una articulación del concepto de error en nuestro marco teórico del significado y pensamiento requerimos de una teoría sobre qué se requiere para dominar un concepto. ¿Cuándo hay error? Supóngase que un perro persigue a una ardilla, la ardilla sube a un árbol y el perro se sitúa abajo del árbol y empieza a ladrar. No obstante, la ardilla en un momento dado, se escabulló a un árbol contiguo y escapó. ¿Es justificable atribuir al perro una creencia equivocada? La respuesta es no debido a que el mismo concepto de creencia involucra la posibilidad de error y para que haya atribución de error, tiene que haber comprensión de que

uno mismo se puede equivocar. En el caso del perro, no basta que terceras personas atribuyan error, el error también debe poder auto-atribuirse. Tiene que haber una comprensión de la posibilidad del error y para tener esa comprensión se debe de tener el concepto de creencia. El concepto de creencia se adquiere a partir de la concepción de la verdad objetiva.

A partir del apartado anterior se sigue que se requieren ciertas condiciones cognitivas que sólo tienen los seres humanos. En particular, para tener conceptos además de tener pensamientos de primer orden se requieren pensamientos de segundo orden. ¿Cómo es posible que adquiramos tales pensamientos de segundo orden? La respuesta de Davidson es clara: sólo puede haber pensamientos de segundo orden si tenemos un lenguaje. Davidson está de acuerdo con el argumento del segundo Wittgenstein en contra de la posibilidad de un lenguaje privado. Las premisas que ocupa son básicamente las mismas que las de Wittgenstein: un lenguaje requiere criterios de corrección e incorrección. Un lenguaje privado no puede otorgar esos criterios puesto que al no existir restricción alguna para que el hipotético sujeto con un lenguaje privado postule cualquier regla que haga legítimo su desempeño lingüístico, entonces toda acción lingüística sería correcta por lo que no existiría errores. Sin la posibilidad de error no tiene sentido la noción de corrección, los conceptos de error y acierto son indispensables para cualquier lenguaje, y de ahí se concluye que no puede existir tal lenguaje privado.

En donde divergen Davidson y Wittgenstein es cómo articular la idea de interacción comunicativa en una comunidad. Para Davidson el escenario hipotético de la interpretación radical es hipotético en tanto es un caso extremo de algo que hacemos cotidianamente que es interpretar las acciones y palabras de nuestros semejantes. La interpretación siempre está presente en nuestro acontecer. En el seno de estas acciones interpretativas es cuando surge el concepto de creencia. “Tenemos la idea de creencia sólo a partir del rol de la creencia en la interpretación del lenguaje, porque como una actitud privada no es inteligible excepto como una adaptación a la norma pública otorgada por el lenguaje. Se sigue que una criatura debe ser un integrante de una comunidad de hablantes si esta tiene el concepto de creencia. Y dada la dependencia de otras actitudes sobre la creencia, podemos decir de forma general que sólo una criatura que puede interpretar el habla puede tener el concepto de un pensamiento.” (Davidson, 1975: 170).

Para llegar a tener el concepto de creencia se requiere del lenguaje. Kripke menciona que la solución al problema de seguir una regla es la uniformidad en la conducta lingüística. La divergencia es señal de error. Davidson (2001a) insiste en que la divergencia abre la puerta a la posibilidad del error pero no es suficiente para ello, porque la divergencia puede ser resultado de intereses distintos de parte de los hablantes. Sin embargo, es un punto a considerar. La divergencia que es relevante para atribuir error ocurre cuando el interlocutor no reacciona de la manera esperada. La comunicación involucra también las intenciones de los hablantes. Estas intenciones dotan de significado a las palabras y también guían la conducta. Por otra parte, crean expectativas sobre la conducta de los otros hablantes. Las intenciones son estados que cuando no son satisfechas hacen notar la importancia de elementos externos. Estos elementos externos son el interlocutor y también el mundo externo. La falla en las expectativas logra marcar el contraste entre lo subjetivo y lo objetivo.

Además de ser integrante de una comunidad de hablantes el pensamiento y habla debe versar de un mundo compartido por los integrantes de la comunidad. Gracias a las conexiones causales vía percepción es como logramos abocarnos al mundo. Sin embargo, las conexiones causales establecidas a través de la percepción no son suficientes para la conceptualización. Un individuo aislado que tiene contacto con una piña no tiene los recursos para establecer cuál es el conjunto de propiedades que son relevantes para que algo cuente como una piña: ahí no hay un criterio de corrección operando. Imaginemos a dos leones observando una gacela. Dirigen sus miradas hacia la gacela, la persiguen, la devoran. Eso puede ser descrito desde nuestro punto de vista como si ellos tuvieran el concepto de gacela y tuvieron la intención de cazar una gacela para después comerla. Sin embargo, ellos carecen de este concepto. Estos animales responden a estímulos del entorno, esas respuestas son capacidades discriminatorias que las comparten con otros animales, algunas plantas e incluso dispositivos automatizados, sin que haya necesidad de atribuirles pensamiento. Por ello, si bien es necesaria la percepción para dotar de contenido empírico a nuestro pensamiento, también requerimos a la comunidad para este efecto.

Para concluir esta sección, desde mi lectura, los problemas del error y de la objetividad surgen al adoptar enfoques externalistas que restan importancia al aspecto psicológico de cada individuo en la conformación del pensamiento y el lenguaje. Las formulaciones estándar del

externalismo se han tomado demasiado en serio la desafortunada expresión putnamiana cuando afirma que “el significado está afuera de la cabeza”. Si bien este eslogan quería decir que la determinación del significado requiere mencionar cosas fuera de la cabeza, de ahí no se sigue que nuestros pensamientos estén fuera de ella y que operen de manera independiente. Una concepción externalista que vincule la mente con el mundo desde el inicio y que articule de mejor modo que los pensamientos y el lenguaje aunque estén determinados por el mundo externo no se sigue que sean independientes de sus portadores, pueden articular de manera más natural los conceptos de error y objetividad en su marco teórico. La apuesta davidsonian logra con solvencia y elegancia incorporar estos conceptos en nuestra imagen del pensamiento y el lenguaje al conjuntar tesis en el marco de la interpretación.

3.4 Conclusiones.

En este capítulo hice una revisión de la propuesta filosófica de Donald Davidson considerando como eje rector cómo incorpora en el marco de su sistema filosófico los conceptos de error y objetividad. En el caso de Burge y Kripke mi lectura es que sus propuestas filosóficas no son suficientes para responder a estos problemas de manera conjunta. Por su parte, la propuesta de Davidson más que un problema de explicación de estos conceptos, se requiere una labor exegética sobre cómo ubicar estos conceptos en el cuerpo global de su teoría. Como se mencionó anteriormente, la metodología de la interpretación radical es un escenario extremo de la práctica cotidiana. Se requiere una labor interpretativa en tanto no asumimos de entrada que la comunicación se logra gracias a entidades tales como proposiciones que reifican el significado ni convenciones lingüísticas que operan eventualmente de forma independiente de los hablantes concretos. Podemos ver a la comunicación más como un ejercicio de esfuerzos comunicativos a través de la interpretación del pensamiento y lenguaje. Este enfoque al no partir de una base dada como lo son las proposiciones o un mundo natural que se manifiesta de forma prístina, demanda una concepción del ser humano más activa en tanto a partir de su interacción crea las condiciones para categorizar el mundo y crear normas que guíen su práctica comunicativa.

CONCLUSIONES

¿Cómo es que se introduce la noción del error en nuestra concepción del pensamiento y el lenguaje? ¿Cómo articular una imagen del pensamiento y el lenguaje que incorpore los conceptos de error y verdad objetiva? En esta investigación he defendido que la mejor manera de lograrlo es adoptando una forma de externalismo que no socave la autoridad de primera persona. El externalismo que ofrece una vía directa a resolver estos problemas y otros asociados a cierta visión de la mente es el externalismo interpretativista propuesto por Davidson.

Al inicio de esta investigación expuse que dos enfoques metodológicos agrupan las posiciones clásicas en el estudio de la mente. Los enfoques en cuestión son el enfoque de primera y tercera persona. El internalismo clásico cartesiano al apoyarse en la autoridad epistémica de la primera persona, convirtió un problema el cómo obtiene el pensamiento, si es que lo obtiene, contenido empírico. La duda escéptica sobre las otras mentes y el mundo externo socavó la idea de objetividad del pensamiento. Por el otro lado, las aproximaciones de tercera persona propias del externalismo recuperó el nexo de la mente con el mundo pero sus formulaciones clásicas minaron la autoridad epistémica de la primera persona. Al minar la autoridad de la primera persona no sólo se abre la posibilidad que las personas no sepan qué es lo que piensan sino que tampoco sepan si sus pensamientos son correctos o no.

Mi perspectiva del debate me lleva a pensar que, en principio, toda propuesta, sean internalista o externalista, que se decante por un enfoque exclusivamente de primera o tercera persona se verá afectado por alguno de esos problemas. Al ser problemas agudos lo mejor es evitarlos y la vía a seguir es siendo compatibilista. El externalismo interpretativista davidsoniano, un enfoque compatibilista, ofrece elementos para rescatar las motivaciones a favor de los enfoques de primera y tercera persona: asegurar la conexión entre la mente y el mundo sin perder la autoridad de primera persona.

Además de volver compatibles el externalismo interpretativista ofrece una perspectiva de la normatividad del pensamiento y del lenguaje que le otorga autonomía al individuo. Los externalismos sociales de Putnam, Burge y Kripke enfatizan en las normas que rigen la

práctica lingüística pero las desarrollan de tal modo que las reglas no solo son externas sino que parecen impuestas sobre los individuos. Son reglas ya dadas que se le imponen al individuo y solo le resta a éste acatarlas. En este punto, encuentro similar la perspectiva davidsoniana a la realizada por Kant en el área de la epistemología. Kant rechaza que el individuo sólo juegue un papel contemplativo en el conocimiento del mundo, también despliega una labor activa al organizar los estímulos del entorno y darles sentido en la experiencia. Davidson hace lo mismo al señalar que las reglas que rigen la comunicación no están dadas por la sociedad sino que son construidas sobre la marcha. Las reglas buscan facilitar el proceso comunicativo y son sensibles a los intereses de los hablantes y el contexto en el que se comunican. La dimensión normativa del lenguaje y el pensamiento se integra a una visión general del ser humano entendido este como un ente racional.

Bibliografía

- Burge, T. (1986a) "Cartesian error and the objectivity of perception." En *Foundations of mind. Philosophical essays*. Oxford Press. pp: 192-207.
- Burge, T. (1986b) "Individualism and psychology". En *Foundations of mind. Philosophical essays*. Oxford Press. pp: 221-253
- Burge, Tyler.(1996) "El individualismo y lo mental". En *Pensamiento y lenguaje. Problemas en la atribución de actitudes proposicionales*. Margarita M. Valdez (comp.) México: UNAM: 311-382.
- Crane, T (2008) *La mente mecánica*. FCE, México. Traducción de Juan Almela.
- Cummins, R. (1989) *Meaning and mental representation*. MIT press, EUA:
- Davidson, Donald. (2001)"Externalisms". En *Interpreting Davidson* Kotatko, Pagin & Segal (comps) CSLI publications, EUA. (2001:1-16).
- Davidson, D. (1975) "Thought and talk". En *Inquiries into truth and interpretation*. Oxford university press, EUA, pp: 155-170.
- Davidson, D. (1984) *Inquiries into truth and interpretation*. Oxford university press, EUA.
- Davidson, D. (2002) *Subjective, intersubjective, objective*. Oxford university press, EUA .
- Davison, Donald. (1992) "La segunda persona". En *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*. Traducción de Olga Fernández Prat. Madrid: Cátedra. 2003: 156-175.
- De Caro, Mario (2006) "Introduction" en *Naturalism in question*. Harvard university press. EUA. pp: 1-20
- Farkas, K. (2006) *Semantic internalism and externalism*. En "The Oxford Handobook of philosophy of language" Lepore, E. & Smith, B. (eds) Oxford university press. Pp: 323-340.
- Kotatko, Pagin & Segal (comps) (200) *Interpreting Davidson* CSLI publications, EUA.
- Fodor (1975) *El lenguaje del pensamiento*. Alianza editorial, España.

Fodor, J. (1980) "Methodological solipsism considered as research strategy in cognitive psychology". En *Philosophy of mind. Critical concepts in philosophy*. Crawford, S (comp) 2010, Routledge, EUA.

Fodor, J. (1987) *Psychosemantics; the problema of meaning in the philosophy of mind*. The MIT press.

Fodor, J. (1992) *A theory of content*. The MIT press. EUA.

Gertler, Brie. (2012) "Understanding the internalism-externalism debate: what is the boundary of the thinker?" En *Philosophical perspectives*. Vol. 26, No 1 (Dic. 2012) pp. 51-75

Glüer, Kathrin and Wikforss, Åsa, (2016) "The Normativity of Meaning and Content", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Spring 2016 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <<http://plato.stanford.edu/archives/spr2016/entries/meaning-normativity/>>.

Grice, P. (1989) *Studies in the way of words*. Harvard university press. EUA:

Kripke, S. (1982) *Wittgenstein on rules and private language*. Harvard University press.

Lepore, E. & Ludwig, K. (2005) *Donald Davidson. Meaning, truth, language and reality*. Oxford university press.

McKay, Thomas and Nelson, Michael, "Propositional Attitude Reports", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Spring 2014 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <<http://plato.stanford.edu/archives/spr2014/entries/prop-attitude-reports/>>.

Mckay, Thomas y Nelson, Michael. "Suplement to propositional attitudes reports. Te De Re/DeDicto distinction. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2013 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <<http://plato.stanford.edu/entries/prop-attitude-reports/dere.html>>

Moya, Carlos, (2006) *Filosofía de la mente*. Universitat de Valencia España. Segunda edición.

Papineau (2006) *Naturalist theories of meaning* En “The Oxford Handbook of philosophy of language” Lepore, E. & Smith, B. (eds) Oxford university press. Pp: 175-188.

Putnam, Hillary. (1984) *El significado de "significado"*. Cuadernos de Crítica No 28. México: UNAM.

Quine, W (1956) Quantifiers and propositional attitudes. En *The journal of philosophy*. Vol. 53 No. 5 pp. 177-187.

Quine, W. V. (1951) “Two Dogmas of Empiricism” En *The Philosophical Review*, Vol. 60, No. 1 (Jan., 1951), pp. 20-43

Quine, W. V. O (1960) *Word and object*. MIT press.

Sawyer, Sarah. (2011) “Internalism and externalism in mind”. En *The Continuum Companion to philosophy of mind*. Routledge USA pp: 133-150.

Stalnaker, R. (2003) “Varieties of supervinience”. En *Ways a world might be*. Oxford University Press. Pp: 86-108

Stalnaker, Robert. (1989) “ On what’s in the head.” En *Philosophical Perspectives*, Vol. 3, Philosophy of Mind and Action Theory. pp. 287-316.



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

ACTA DE EXAMEN DE GRADO

No. 00452

Matrícula: 2143801327

Objetividad, error y contenido mental: Davidson, Burge y Kripke sobre el externalismo.

En la Ciudad de México, se presentaron a las 12:00 horas del día 14 del mes de octubre del año 2022 en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, los suscritos miembros del jurado:

DR. CUAUHTEMOC LARA VARGAS
DR. MARC JIMENEZ ROLLAND
DR. SILVIO JOSE MOTA PINTO



OSVALDO ROSAS ARRIAGA
ALUMNO

Bajo la Presidencia del primero y con carácter de Secretario el último, se reunieron para proceder al Examen de Grado cuya denominación aparece al margen, para la obtención del grado de:

MAESTRO EN HUMANIDADES (FILOSOFIA)

DE: OSVALDO ROSAS ARRIAGA

y de acuerdo con el artículo 78 fracción III del Reglamento de Estudios Superiores de la Universidad Autónoma Metropolitana, los miembros del jurado resolvieron:

aprobar

REVISÓ

MTRA. ROSALIA SERRANO DE LA PAZ
DIRECTORA DE SISTEMAS ESCOLARES

Acto continuo, el presidente del jurado comunicó al interesado el resultado de la evaluación y, en caso aprobatorio, le fue tomada la protesta.

DIRECTOR DE LA DIVISION DE CSH

MTRD. JOSE REGULO MORALES CALDERON

PRESIDENTE

DR. CUAUHTEMOC LARA VARGAS

VOCAL

DR. MARC JIMENEZ ROLLAND

SECRETARIO

DR. SILVIO JOSE MOTA PINTO